



HISTORIAS EN Y O MAYOR 5

5to Concurso de Cuento y Narración Oral Historias en Yo Mayor

Organiza
Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451

En alianza con
Instituto Distrital de las Artes, Red Capital de Bibliotecas de Biblio-
Red, la Red de Bibliotecas de Colsubsidio, el Sistema de Bibliotecas
Públicas de Medellín, la Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de
Santiago de Cali, Gobernación del Quindío y la Red Departamental
de Bibliotecas del Quindío

Antología, corrección de estilo y compilación
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Acompañamiento Comité Editorial Fundación Saldarriaga Concha:
Soraya Montoya, María Alejandra Neira, Natalia Valencia y
Juan Camilo Celemin

Jurados del concurso
Categoría Cuento: Alberto Salcedo Ramos y Mónica Savdié
Categoría Narración Oral: Alina Lozano y Álvaro Bayona
Categoría Herencia de mi Pueblo: Clarisol Martínez y Noel Palacios

Diseño
Mobs Audiovisual

©Varios autores.
ISBN 978-958-57084-9-5
Primera edición, 2016

Impreso por ESCALA S.A.
Impreso y hecho en Colombia

Índice

Agradecimientos.....	7
Prólogo.....	11

Laboratorios de Escritura y Memoria

Mapa (puntos de los laboratorios).....	15
Descripción de la categoría.....	17
Galería fotográfica.....	19

Herencia de mi Pueblo

Descripción de la categoría.....	31
Siguiendo la Ruta del Oro.....	33
Palabras del jurado.....	35
Perfiles y reseñas de los ganadores.....	37
Galería fotográfica.....	41

Narración Oral

Descripción de la categoría.....	53
Palabras del jurado.....	55
Perfiles y reseñas de los ganadores.....	58
Galería fotográfica.....	65

Cuento Escrito

Descripción de la categoría.....	73
Palabras del jurado.....	75

Ganadores

Buizarcote	
<i>Por Helder Morales Sepúlveda (Bogotá).....</i>	<i>81</i>
Río arriba, río abajo	
<i>Por Ricardo Ordóñez Ortiz (Cali).....</i>	<i>89</i>
La llegada del progreso	
<i>Por Óscar Moreno Mejía (Medellín).....</i>	<i>95</i>

Menciones de Honor

La corriente infernal	
<i>Por José Vicente Rubio Delgado (San Francisco, Cundinamarca).....</i>	<i>103</i>
Una historia de nunca acabar. Una lección de vida	
<i>Por Luis Baudilio Albornoz Bello (Bogotá).....</i>	<i>107</i>
Entre la honestidad y la gratitud	
<i>Por Luis Felipe Trujillo Parra (Bogotá).....</i>	<i>111</i>
Erialet (La puta decente)	
<i>Por Juan de Jesús Herrera González (Calarcá, Quindío).....</i>	<i>117</i>
Todas las horas hieren, la última mata	
<i>Por Fabio de Jesús Zuluaga Ángel (Medellín).....</i>	<i>125</i>

Finalistas

Alcalde por insistencia <i>Por Guillermo Aguirre González (Bello, Antioquia)</i>	131
Violento y destartalado quedó el paro papero <i>Por “Joreman” Jorge Enrique Mantilla (Bucaramanga)</i>	135
Oleajes <i>Por Margarita Patiño (Cali)</i>	143
El último día de Alcué <i>Por Julia Reina Durán (Medellín)</i>	147
El sombrero de fieltro de don Aurelio <i>Por Rodrigo Ernesto Pérez (Medellín)</i>	153
La luna fue su cirio <i>Por Joaquín Eladio Ospina Zapata (Medellín)</i>	159
La montaña <i>Por Aura Encinales Ardila (Bogotá)</i>	165
¿A dónde fue la abuela? <i>Por Nhora María Pinzón De Paredes (Bogotá)</i>	171
Bogotá en los tiempos del cólera <i>Por María Trinidad Pinto (Bogotá)</i>	175

Agradecimientos

Este libro y el Especial Multimedia no hubieran sido posibles sin el apoyo de muchas personas e instituciones. Queremos agradecer a los bibliotecarios y gestores de los centros culturales de Bogotá, Medellín, Cali, Versalles, el departamento del Quindío y varias regiones del Chocó.

Las personas que dirigen estos espacios han comprendido el objetivo del proyecto y dispusieron de su equipo físico y humano para incentivar la lectura, escritura y oralidad de las personas mayores.

También agradecemos a las siguientes instituciones: la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes, La Cámara Colombiana del Libro, la Feria Internacional del Libro de Bogotá, La Red Capital de Bibliotecas de BiblioRed, la Red de Bibliotecas de Colsubsidio, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, la Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Santiago de Cali, la Red Departamental de Bibliotecas Públicas del Quindío, la Secretaría de Cultura y la Secretaría de la Familia del Quindío.

Finalmente, agradecemos el apoyo incondicional de Antonia Casiani, María Herrera, Cristina Cuesta, Tatiana Cárdenas, Karina López Reyes, Ignacio Cerón, Carolina Trujillo y Miguel Rivera, quienes, desde sus regiones, fueron los motores que hicieron posible los talleres y el concurso de este año.

Otras personas e instituciones sin las que este proyecto habría sido

inviabile:

Mobs audiovisual, Zebra Comunicaciones, Dela Mina Studios, Escuela Taller De Buenaventura, Faro Creativos, Casa Occio, Café & Letras Renata, Casa de la Cultura de Pablo VI Segundo Sector, Fundación Jeymar, Centro Geriátrico Colonia Belencito El Corazón, Granja Agro Productiva de Versailles, Alelí Mesa, Jenny Valencia, Leidy Mechana Waldo, Adela Ortega, Viviana Restrepo, Margarita Villada, Diana González, Marcela Luján, Nataly Rivillas, Juan Pablo Henríquez, Leider Alexander Moreno, Sandra Orejuela Moreno, Narcilo Chiripua, Jennifer Vargas, Omar Garzón, Sandi Quintanilla, Biviana García, Miguel Estupiñán, Lina Vanegas, Brenda Gutiérrez, Valentín Ortiz, María Dolores Martínez, Ana María Arango, Cristóbal Fernández, Daniel Ballesteros, Hugo Aldana, Gloria Vásquez Morales, Gloria Amparo Herrera Duque, Nancy Borrero, Clarisol Martínez, Noel Palacios, Álvaro Bayona, Alina Lozano, Alberto Salcedo, Mónica Savdié y Alexander Osorio Arcila.

Pero, sobre todo, un especial agradecimiento a todos los adultos mayores que asistieron y compartieron sus historias en los Talleres y Laboratorios de Memoria de las distintas regiones por las que pasamos.

Lugares en los cuales se dictaron talleres:

Biblioteca Colsubsidio Calle 63, Hogar María Auxiliadora, Biblioteca Pública Puente Aranda Néstor Forero Alcalá, Biblioteca Pública La Peña, Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas, Biblioteca Pública Usaquén – Servitá, Biblioteca Pública Lago Timiza, Biblioteca Pública Las Ferias, Biblioteca de Perdomo, Biblioteca Pública Virgilio Barco, Biblioteca Julio Mario Santo Domingo, Fundación Jeymar, Biblioteca Pública Bosa y Biblioteca Comunitaria de Pablo VI Segundo Sector.

Biblioteca Centro Cultural Comuna 1, Biblioteca Centro Cultural Comuna 18, Biblioteca Centro Cultural Comuna 20, Biblioteca Pública del Deporte y la Recreación, Biblioteca Pública El Sena, Biblioteca Pública San Luis I, Biblioteca Pública León de Greiff, Biblioteca Pública Antonio José Escobar, Biblioteca Centro de Emprendimiento Cultural Comuna 13, Biblioteca Pública Fundautónoma, Biblioteca Pública Álvaro Mutis, Biblioteca Centro Cultural Nuevo Latir, Biblioteca Pública Rumenigue Perea Padilla, Biblioteca Pública Rigoberta Menchú, Biblioteca Pública Desepaz, Biblioteca Patrimonial del Centenario, Biblioteca Pública Infantil y Juvenil, Biblioteca Pública El Jardín, Central Didáctica El Poblado, Central Didáctica La Casona, Central Didáctica de Ladera y Central Didáctica El Vallado.

Centro de Integración Barrial Comuna 6, Parque Biblioteca Doce de Octubre, Urbanización Plaza Campestre (sector La Almería), Hogar Geriátrico San Cristóbal, Parque Biblioteca La Quintana, Biblio-

teca Popular #2, Biblioteca Centro Occidental, Parque Biblioteca Guayabal, Biblioteca Granizal y Parque Biblioteca San Cristóbal,

Biblioteca del Municipio de Armenia, Biblioteca del Municipio de Buenavista, Biblioteca del Municipio de Calarcá, Biblioteca del Municipio de Circasia, Biblioteca del Municipio de Córdoba, Biblioteca del Municipio de Filandia, Biblioteca del Municipio de la Tebaida, Biblioteca del Municipio de Montenegro, Biblioteca del Municipio de Pijao, Biblioteca del Municipio de Salento, Biblioteca del Municipio de Génova, Biblioteca del Municipio de Quimbaya, Biblioteca de Comfenalco, Biblioteca de la Universidad del Quindío, Biblioteca del Museo del Oro, Centro de Bienestar del Anciano El Carmen, Fundación Hogar Anita Gutiérrez de Echeverri.

Prólogo

Colombia está envejeciendo, y esa es una realidad que no se puede ocultar. De hecho, es un triunfo de la sociedad: las personas ahora viven más, las condiciones de vida de millones de colombianos han mejorado. Es una oportunidad que nos permite aprovechar todo el potencial de las personas mayores, todo su conocimiento y experiencia.

Desde las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 creemos que un país incluyente brinda oportunidades para que todas las personas, independientemente de su edad, puedan tener una vida digna. Eso buscamos con Historias en Yo mayor: que a través del concurso se promueva el bienestar, la creatividad y el encuentro de los mayores de 60 años en cada comunidad.

Por esto, la Fundación Saldarriaga Concha, junto con la Fundación Fahrenheit 451, ha venido liderando durante 5 años este proyecto en aras de cumplir tres objetivos: primero, facilitar, a partir del medio oral y escrito, la divulgación de historias y relatos de las personas mayores. Segundo, promover, a partir de laboratorios de escritura y de memoria, el desarrollo de procesos cognitivos como memoria, atención, concentración y lenguaje, apuntando a un envejecimiento activo.

Por último, la estrategia busca que cada uno de estos espacios se convierta en una oportunidad de aprendizaje intergeneracional, donde no solo las personas mayores conversen con los niños y jóvenes, sino que ellos, a partir de sus conocimientos, puedan acercarse al uso de nuevas tecnologías para plasmar sus memorias a través del tiempo.

Este año, el concurso contó con la participación de 1.242 personas, quienes compartieron 810 cuentos escritos y 432 narraciones orales. La mayoría de relatos se recibieron a través de la página web creada este año, www.historiasenyomayor.com. Este portal contiene a los ganadores de esta versión, además de las versiones anteriores e información de los eventos que desarrolla el proyecto en diferentes ciudades del país. Esta apuesta virtual ha evidenciado un alto uso de las TIC por parte de los concursantes y sus familias.

Es pertinente resaltar que las redes de bibliotecas públicas continúan siendo un eje central en el desarrollo de este proyecto. Evidencia de esto son los 395 cuentos escritos que fueron depositados en las más de 80 urnas ubicadas en diferentes regiones del país.

El concurso contó con relatos de 19 departamentos. Las narraciones de la página web recibieron 103.894 votos y visitas de 62 países y 72 ciudades de Colombia. Es clara la acogida que tuvo la iniciativa.

En esta versión también se recogió la voz de algunas poblaciones del departamento del Chocó. A través de la Categoría de Herencia de mi Pueblo, cerca de 80 adultos mayores contaron sus leyendas, cuentos, alabados, cantos y demás creaciones. Las 5 mejores historias, provenientes de Andagoya, Pizarro Bajo Baudó y la Comunidad Wounaan de El Papayo, hacen parte del Especial Multimedia.

Agradecemos a cada uno de los participantes, así como a las diferentes instituciones y líderes que promovieron los escritos y el material fílmico. Esperamos que hagan parte de la siguiente edición del concurso.

LABORATORIOS DE ESCRITURA Y MEMORIA

En las ciudades de Armenia, Bogotá, Cali y Medellín y en los municipios de Andagoya, Génova, San Basilio de Palenque y Versalles, se crearon espacios en que los adultos mayores se reúnen semanalmente, entre pares, para recibir capacitación relacionada con el manejo de las letras y la oralidad como un canal de difusión y protección del patrimonio cultural inmaterial. Se espera que, con el tiempo, estos espacios transformen sus dinámicas y sean coordinados directamente por los adultos mayores preservando y utilizando la memoria como motor creativo. En la actualidad, cerca de 200 personas asisten periódicamente a los 11 laboratorios.



Medellín:

Biblioteca la Floresta:

15 personas

(Cuento Escrito)

Hogar Colonia Belencito:

15 personas

(NarraciÚn Oral)

Andagoya:

13 personas

(NarraciÚn Oral)

Cali:

Biblioteca del Deporte:

15 personas

(Cuento Escrito)

Biblioteca Desepaz:

10 personas

(NarraciÚn Oral)

San Basilio de Palenque:

50 personas

(NarraciÚn Oral)

BogotÁ:

FundaciÚn Jeymar:

15 personas

(NarraciÚn Oral)

Casa de la Cultura de Pablo VI:

12 personas

(Cuento Escrito)

Quindío:

Biblioteca Municipal

de Armenia:

13 personas

(Cuento Escrito)

Biblioteca Municipal de

GÈnova:

17 personas

(NarraciÚn Oral)

Versalles

Granja Agro Productiva:

23 personas

(NarraciÚn Oral)

Los Laboratorios de Escritura y Memoria son espacios semanales de formación que se han construido con dos objetivos: primero, que los adultos mayores encuentren en la literatura y la oralidad un espacio para vivir, recordar y proteger sus saberes e historias; y, segundo, que, al terminar el periodo de trabajo a cargo del proyecto, ellos mismos se apropien del espacio, se vuelvan multiplicadores y que el espacio se haga sostenible.

Estos espacios gratuitos se han creado en las ciudades de Bogotá (2 laboratorios), Cali (2), Medellín (2) y Armenia (1) y en los municipios de Andagoya (1), Génova (1), San Basilio de Palenque (1) y Versalles (1). Con ellos, se ha buscado potenciar y fortalecer lo conseguido con los talleres de creación y aproximación literaria que se dictaron en versiones anteriores del proyecto, en alianza con las redes de bibliotecas, casas de la cultura y demás espacios culturales y de trabajo con personas mayores. En ellos, se impartieron bases de creación y pautas para la expresión oral, buscando que los adultos mayores se animaran a participar en el concurso y que contaran con las herramientas necesarias para hacerlo.

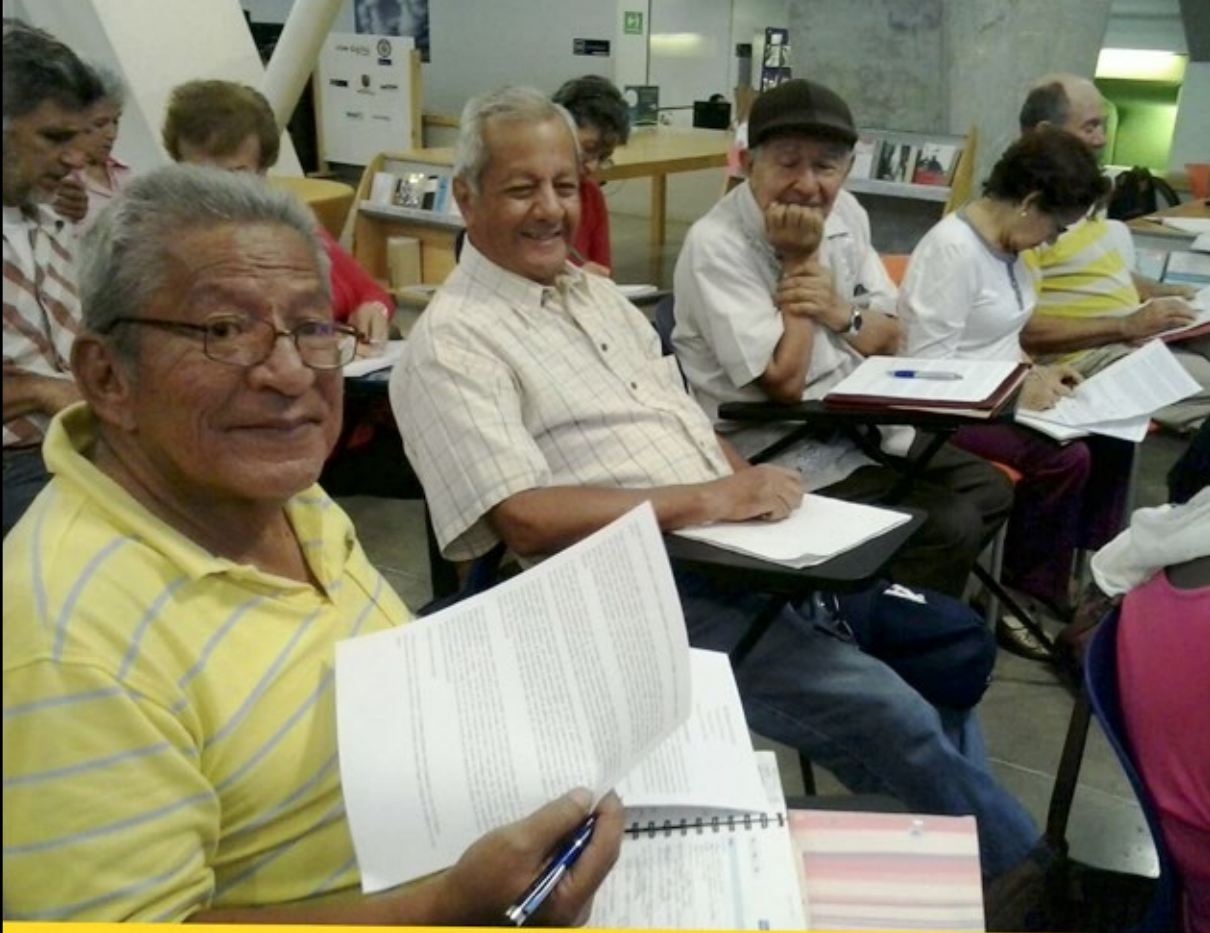
En la actualidad, los laboratorios pretenden consolidar el proceso pedagógico con nuevas herramientas que empoderen las narrativas de los adultos mayores desde una óptica comunitaria en la que los asistentes, según sus intereses y características, decidan el rumbo temático de las sesiones.

Así, en cada ciudad se han instalado los laboratorios buscando que estas herramientas beneficien a la mayor cantidad de personas ma-

yores de entornos y contextos distintos. Debido a la diversidad de los territorios y sus participantes, algunos laboratorios se han enfocado en la creación escrita y otros en el trabajo de la oralidad.

En Bogotá y Cali, los dos laboratorios de cada ciudad se han centrado en hacer que el espacio sea sostenible y que las personas mayores sean multiplicadoras. Lo mismo se está haciendo en uno de los laboratorios de Medellín. Por otro lado, el segundo laboratorio de Medellín, el de Génova y el de Armenia han ido construyendo habilidades de escritura y oralidad, para luego dar el giro hacia la sostenibilidad. Así mismo, en Palenque y Versalles se ha buscado dar este último paso por medio del empoderamiento de la comunidad y la asociación con las instituciones cercanas. Por último, el laboratorio de Andagoya, creado de la mano del proceso de la categoría de Herencia de mi Pueblo, ha logrado construir lógicas de trabajo que vinculan a la comunidad en torno a la memoria, la tradición y la historia de la región.

En total, se estima que semanalmente cerca de 200 adultos mayores asisten a las sesiones de los 11 laboratorios.



La Biblioteca del Deporte, en Cali, recibe semanalmente a un grupo de más de 15 adultos que intercambian sus escritos y narraciones orales. Como parte del laboratorio, han creado un blog donde alojan sus mejores trabajos: www.enyomayor.blogspot.com.co.



Durante la Feria del libro de Bogotá, los laboratorios de Bogotá se reunieron a compartir los resultados del primer semestre del año. Entre el público se destacó la presencia de jóvenes interesados en los relatos de las personas mayores.



Los laboratorios son espacios de compartir en que las personas mayores pueden socializar sus escritos, comentarlos y trabajarlos. Aquí, uno de los participantes del laboratorio de Medellín lee un texto que hizo para la sesión.



En Génova, Miguel Rivera imparte una de las sesiones del laboratorio de memoria en la Biblioteca Municipal. Este laboratorio, que inició en 2016, a la fecha cuenta con 17 asistentes.



En Cali, en la Biblioteca del Deporte, las personas mayores han hecho el tránsito a hacer de su laboratorio un espacio sostenible y autónomo, en que trabajan según sus propias lógicas y con el apoyo del equipo de la biblioteca.



Los miembros del laboratorio de memoria de Jeymar graban las historias de sus compañeros, para difundir su voz a través de emisoras comunitarias y del sistema de radio de la fundación.



Jóvenes de colegios visitan los laboratorios de escritura y memoria de Bogotá para acercarse a los saberes de las personas mayores.



El laboratorio de San Basilio de Palenque es dirigido por Antonia Cassiani, una líder de la comunidad que ya viene trabajando por las personas mayores, buscando su reconocimiento en la comunidad.



Concepción Hernández es una de las asistentes del laboratorio de Palenque. El año pasado fue una de las ganadoras de Herencia de mi Pueblo, con una narración sobre ritos fúnebres.



En los laboratorios, las comunidades deciden ellas mismas los temas. En algunos, como el de Palenque, se trabajan temáticas relacionadas con agricultura y cantos de rocería.

HERENCIA DE MI PUEBLO

La categoría Herencia de mi Pueblo se desarrolla en regiones donde se presentaron (o se presentan) lamentables manifestaciones de violencia que han terminado por invisibilizar parte de su riqueza cultural. A través de los saberes tradicionales que reposan en la memoria de los adultos mayores, esta categoría pretende rescatar aquel patrimonio cultural inmaterial que durante años ha permanecido escondido. En esta ocasión, recorrimos la denominada “Ruta del Oro”, que circunda la cuenca del Río San Juan, en el departamento del Chocó, donde cerca de 80 adultos mayores asumieron el reto de contar sus leyendas, cuentos, alabados, cantos y demás creaciones.

Luego de la enriquecedora experiencia en la región de Montes de María en 2014, para esta versión la categoría Herencia de mi Pueblo se desplazó hacia el departamento del Chocó, un espacio que se encuentra inmerso en un intenso conflicto entre bandas emergentes y reducidos guerrilleros; pero que, a su vez, ha sido reconocido a nivel nacional por las distintas manifestaciones culturales que allí se desarrollan (los alabados, los gualíes y los angelones, por ejemplo).

Bajo la supervisión de Luis Ignacio Cerón, coordinador del proyecto en esta región, se recorrieron diferentes municipios y veredas de la zona durante cinco meses. A pesar de la vasta extensión geográfica, el proyecto consiguió inmiscuirse en la vida diaria de algunos pobladores, intentando localizar aquellos saberes tradicionales que han sobrevivido a las dinámicas de la violencia y que han encontrado, en la oralidad, una bóveda de protección y difusión de su cultura.

Fue así como 77 personas mayores, afrocolombianos e indígenas, provenientes de las poblaciones de Andagoya, Istmina, Pizarro-Bajo Baudó, y el Litoral de San Juan, registraron sus manifestaciones orales en videos de baja resolución que fueron posteriormente enviados a los jurados de la categoría para su deliberación.

Una vez elegidos los cinco ganadores de la categoría, el colectivo chocoano Dela Mina Studios, realizó la producción de los bellísimos videos que hacen parte del Especial Multimedia de esta quinta versión de Yo Mayor. Las grabaciones se realizaron en la primera semana de junio de 2016 en Andagoya, municipio que recogió la mayor cantidad de participantes y del que proviene el ganador de esta versión.

Allí, en Andagoya, se desarrolló el evento de premiación de esta categoría. En medio de un ambiente de hospitalidad y camaradería, los adultos mayores del laboratorio de escritura y memoria, junto a niños, jóvenes y adultos del municipio, se reunieron en la tarde del 11 de junio en las instalaciones del Teatro Primero de Mayo para conocer de primera mano las historias ganadoras. El evento fue amenizado por grupos musicales de la región, como la escuela de música tradicional de Andagoya y el grupo de alabados, Los Cimarrones de Andagoya, del que hacen parte varias mujeres mayores del laboratorio de oralidad.

Del resultado de esta categoría dan cuenta las imágenes que acompañan este libro y los videos que se encuentran en el Especial Multimedia. Se trata de ofrecer al lector la posibilidad de conocer esas historias que albergan las personas mayores de estas poblaciones, de escuchar de primera mano las anécdotas de la comunidad Wounaan, las declamaciones de los andagoyenses sobre la pobreza y el cuento tradicional del residente de Pizarro. Con la producción de estas historias, esperamos difundir en pequeña escala la riqueza cultural de esta hermosa región de nuestro país.

Siguiendo la Ruta del Oro

El 11 de junio de 2016, Andagoya se vistió de fiesta. Esa tarde de sábado, con una numerosa asistencia, se realizó la premiación de Herencia de mi Pueblo en el Teatro Primero de Mayo de este municipio ubicado al lado del Río Condoto, en el noreste del Chocó.

Para los organizadores, esta fiesta comenzó mucho antes. Seis meses atrás iniciamos un largo recorrido por la cuenca del Río San Juan en busca de historias que exhibieran la riqueza cultural de una región que en muchas ocasiones ha sido invisibilizada. La primera parada fue el resguardo indígena de El Papayo, donde varias personas mayores, miembros del pueblo Wounaan, comprendieron el interés del proyecto y se animaron a compartir sus tradiciones y prácticas culturales.

La ruta siguió por los pueblos de Docordó, Palestina, Istmina y Andagoya. Allí, al ritmo de los alabados y gualíes, propios de la comunidad afrocolombiana, se percibía la musicalidad y generosidad con que participaba la población de adultos mayores. En total, se recogieron 77 historias. Nuestra primera labor estaba concluida.

En junio, tres días antes del evento, volvimos a Andagoya para celebrar. Allí llegaron los cinco ganadores de la categoría, dos provenientes del pueblo Wounaan de El Papayo, uno de Pizarro y dos residentes de Andagoya. Visitamos el Laboratorio de Escritura y Memoria, caminamos al lado del Río Condoto y regrabamos las historias con las que fueron premiados.

En la tarde del 11 de junio, decenas de andagoyenses llegaron para conocer el fallo del jurado. La escuela municipal de música tradicional y el grupo de danza del municipio amenizaron el evento previo al fallo oficial. Acto seguido, Gladier, Cristina, José Ruben, Gricelina y Manuel, subieron a la tarima a recibir su premio mientras eran aplaudidos por un público de niños, jóvenes y adultos, aplausos que aumentaron cuando algunos se animaron a declamar los poemas e historias con los que participaron.

Luego de que se entregaran los reconocimientos a los ganadores, el evento cerró con la presentación del grupo de alabados “Cimarrones de Andagoya”, uno de los más reconocidos a nivel nacional, y del cual hacen parte varias personas que integran el Laboratorio de Escritura y Memoria.

Fue una conmovedora mezcla de tradición, música, poesía y narración.

Palabras del jurado Herencia de mi Pueblo

El 16 de mayo de 2016, los jurados de la categoría Herencia de mi Pueblo del concurso Historias en Yo Mayor, deliberaron sobre cerca de 80 videos. El reconocido artista, Noel Palacios, y la renombrada cantante lírica Clarisol Martínez Palacios, fueron los encargados de seleccionar las historias que acompañan este libro.

Manuel Hinojosa Rentería, proveniente de Andagoya, obtuvo el primer lugar pues, en palabras del jurado, “lo que narra en el poema con relación a la pobreza es totalmente cierto y se dice de forma bella, en verso, se destaca la originalidad y expresión corporal”. En segundo lugar, fue elegida Gricelina Valencia de Chiripua (El Papayo - Comunidad Wounaan), ambos jurados resaltaron la “originalidad de la historia partiendo de un saber tradicional”. José Rubén Moreno (Pizarro) se hizo acreedor del tercer lugar, por narrar una “jocosa anécdota personal contada con propiedad y buen manejo histriónico”.

Las menciones honoríficas correspondieron a Loira Cristina Cuesta Mosquera (Andagoya), por una historia que según el jurado “cumple con los parámetros del concurso, originalidad, emotividad, expresión oral. Además, representa una realidad muy dolorosa que tiene que ver con la contaminación del medio ambiente”; la segunda mención fue para Gladier Chocho (El Papayo – Comunidad Wounaan) con un canto que da a conocer la tradición oral de su pueblo.

La totalidad de las narraciones elegidas por los jurados se encuen-

tran en www.historiasenyomayor.com, donde puede constatarse la diversidad y riqueza de los participantes de este año en el departamento del Chocó. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

Perfiles y reseñas de los ganadores

1er lugar: Manuel Hinojosa Rentería (Andagoya)

Título de la historia: La pobreza

Oriundo del municipio de Nóvita, pero residente de Andagoya desde hace varios años, Manuel es un compositor natural. A pesar de no haber culminado su formación escolar, tiene una mente prodigiosa en la que alberga decenas de historias que él mismo compone y memoriza.

Fue ganador de esta categoría con su historia “La pobreza” en la que narra, por medio de versos, las variadas dificultades que atraviesa el pueblo chocoano.

2do lugar: Gricelina Valencia de Chiripua (El Papayo – Comunidad Wounaan)

Título de la historia: La pubertad

Mujer de 80 años, residente del Resguardo Indígena Wounaan de El Papayo, del Litoral de San Juan.

En esta historia, comparte las costumbres y tradiciones que persisten en su comunidad en el momento de la menarquia, es decir, la aparición de la primera menstruación. Además, brinda algunos consejos tradicionales para el cuidado de los recién nacidos.

3er lugar: José Rubén Moreno (Pizarro, Bajo Baudó)

Título de la historia: Panchoncita

Comerciante nacido en Pizarro. A pesar de haber recorrido Colombia, Venezuela y Ecuador, haciendo diversos trabajos, ha vivido la mayor parte de su vida en el municipio del cual es procedente y en el cual hoy vive. Tiene 15 hijos y 42 nietos. Aunque solo asistió a los primeros años de primaria, atesora en su memoria las historias que escuchó en ese tiempo, a las cuales ha sumado muchas otras que ha aprendido en sus viajes.

Cuenta, por medio de una narración en versos, la manera en que un hombre, de raza negra y de otra región, hace frente a los padres de la mujer con que desea desposarse, para, finalmente, conseguir la aprobación.

Mención de Honor: Loira Cristina Cuesta Mosquera (Andagoya)

Título de la historia: Chocó

Es una líder comunitaria de 64 años que a lo largo de su vida ha trabajado con primera infancia y bachillerato. En los últimos años se ha presentado en encuentros nacionales de cuentería, danza tradicional y poesía en Tame (Arauca), Cartago y Palmira (Valle del Cauca).

Actualmente hace parte del grupo de alabados de Los Cimarrones de Andagoya. Desde 2016, lidera el laboratorio de Escritura y Memo-

ria del municipio de Andagoya, creado en el marco del proyecto.

En 1995 compuso esta historia en que clama por la situación de su municipio y otras zonas del Chocó, que han sido afectadas por la explotación minera. Ella, al igual que otros habitantes, siente que fueron manos foráneas las que extrajeron los minerales y los metales preciosos de esta región sin dejarles nada a sus habitantes.

Mención de Honor: Gladier Chocho (El Papayo – Comunidad Wounaan)

Título de la historia: Canto Wounaan

Hombre de 77 años, residente del Resguardo Indígena Wounaan de El Papayo, del Litoral de San Juan.

Con sus atuendos tradicionales y con el río Condoto de fondo, Gladier comparte un canto de improvisación basado en ritmos tradicionales. En esta ocasión, declama en lengua algunos versos que empleaba para la seducción.



El Papayo, hermoso resguardo del pueblo Wounaan a las orillas del río San Juan, fue uno de los puntos centrales de la categoría Herencia de mi Pueblo. Dos de sus representantes fueron elegidos por el jurado como ganadores de esta versión.



Cientos de personas asistieron a los eventos de socialización del concurso en cuatro regiones de Chocó. Istmina fue donde se presentó el mayor número de aspirantes. Para la muestra, una fotografía.



En el Laboratorio de Escritura y Memoria de Andagoya, adultos mayores asisten semanalmente a compartir sus saberes tradicionales. El espacio ha tenido tanta acogida que hoy en día los asistentes se encargan de impartir las sesiones e invitar a nuevos integrantes.



Como Cristina Cuesta, todos los ganadores de Herencia de mi Pueblo fueron grabados por un equipo profesional de video. Las locaciones se seleccionaron en concordancia con la historia y en espacios abiertos, para exponer la riqueza natural del Chocó.



Gladier Chocho fue uno de los miembros del pueblo Wounaan ganadores de Herencia de mi Pueblo. Su historia es la base de un canto tradicional que se improvisa para contar historias. En esta ocasión, nos deleita describiendo sus tácticas de enamoramiento.



Las grabaciones de los representantes del pueblo Wounaan se hicieron en lengua. Las traducciones fueron realizadas por Narcilo Chiripua, miembro del resguardo. Griselina Valencia, seleccionada en el segundo puesto, describe los ritos tradicionales de las mujeres durante la menarquia.



El evento de premiación de Herencia de mi Pueblo se realizó en el teatro de Andagoya con la asistencia de más de 100 personas. Durante la ceremonia, se presentaron grupos de danza, alabaos y, por supuesto, las historias de los ganadores.



Manuel Hinojosa Rentería, proveniente de El Cajón y residente de Andago-ya, fue el ganador de la categoría Herencia de mi Pueblo, con un relato en rima que describe minuciosamente los trabajos y pesares que deben soportar los campesinos a razón de la pobreza.



José Rubén Moreno (Pizarro) obtuvo el tercer lugar de la categoría, con un relato en verso sobre las dificultades que un hombre debe atravesar por pedir la mano de su enamorada.



De izquierda a derecha, Sergio Gama (Fundación Fahrenheit 451), Manuel Hinojosa (1er lugar), Cristina Cuesta (Mención de honor), Gricelina Valencia (2do lugar), José Rubén Moreno (3er lugar), Gladier Chocho (Mención de honor), Mauricio Díaz (Fundación Fahrenheit 451) e Ignacio Cerón (Coordinador de Herencia de mi Pueblo en Chocó).

NARRACIÓN ORAL

Cerca de 360 personas mayores, de todas las regiones del país, participaron en la categoría de Narración Oral del Quinto Concurso Historias en Yo Mayor. Durante tres meses estuvo abierta la convocatoria, en la página web del proyecto, para que las personas mayores y sus familiares alojaran sus videos caseros contando sus historias y compartiendo sus saberes por medio de una plataforma digital. Por un lado, dos jurados profesionales escogieron primero, segundo y tercer lugar y las menciones de honor. Por otro, los internautas, con sus votos, escogieron el elegido por el público. En total hubo cerca de 100 mil votos.

La categoría de Narración Oral es uno de los componentes más interesantes del proyecto Historias en Yo Mayor. Entendiendo que la literatura va más allá de la escritura, desde la primera versión del concurso, planteamos una categoría que permitiera recoger anécdotas y relatos de aquella población mayor que, por diversas razones, no pudiera o no estuviera interesada en la narración escrita. De este modo, en las versiones anteriores, a lo largo de la convocatoria, un equipo de grabación se encargaba de visitar las distintas instituciones aliadas al concurso para documentar en video las historias de las personas mayores. Esto se hacía en Bogotá, Cali, Medellín, el departamento del Quindío y el municipio de Versalles.

Para esta versión y las futuras, se dispuso de la página web del proyecto para recibir, durante tres meses, las historias de todas las personas mayores de Colombia. La intención fue abrir la posibilidad de que, en cualquier parte del país, un adulto mayor o una persona cercana pudiera realizar una grabación casera (con un teléfono inteligente, cámara digital, webcam, entre otras) recogiendo la voz de un adulto mayor para participar en el concurso vía web. Esta modalidad de participación apunta a fortalecer, por un lado, la transmisión intergeneracional de saberes de las personas mayores; y, por otro, a incentivar la implementación y uso de las TIC en esta población. Además, busca hacer el concurso mucho más incluyente, para acoger a todo el país.

Al cierre del periodo de convocatoria, participaron cerca de 360 personas, de las cuales los jurados Alina Lozano y Álvaro Bayona es-

cogieron primero, segundo y tercer lugar, y cinco menciones de honor a nivel nacional. Ellos se mostraron admirados por la originalidad, creatividad y emotividad de las historias.

Junto con estos premios, el proyecto entregó el premio Elegido por el Público, al video que obtuvo la mayor votación de los internautas. Lucila Tupanteve, una mujer de 73 años que reside en la ciudad de Arauca, fue la ganadora de este componente. Su historia recibió 34.435 votos. El resultado se definió en los últimos dos días, pues durante el último mes, el vídeo de Lucila compitió duramente con la historia de Alba Lucía Agudelo, una mujer residente de Armenia que alcanzó 33.167 votos. Las siguientes votaciones más altas también fueron de mujeres: María Patrocinia Amaya, de Arboledas, obtuvo 9.084 votos; Rosa María Pereira, de Casanare, 5.081 votos; y Margarita Díaz, de Medellín, 4.016 votos.

Palabras del jurado

El 6 de julio de 2016, en Bogotá, los jurados de la categoría de Narración Oral del concurso Historias en Yo Mayor, se reunieron a deliberar. El reconocido actor, Álvaro Bayona, y la renombrada actriz, Alina Lozano, fueron los encargados de seleccionar las historias alojadas en el Especial Multimedia.

Con relación a las características de los videos que calificaron, los jurados manifestaron que “se destaca la variedad de formas de narración. La mayoría de las historias provienen de la experiencia de vida de los participantes por lo que hay pocas historias de ficción. Habitualmente quien habla es el protagonista de la historia”.

“El niño triste y su laberinto”, relato narrado por María Olga Perla Angulo, proveniente de Cali, obtuvo el primer lugar pues, en palabras de los jurados, “la participante interpreta varios personajes de una manera sencilla, tiene buena expresión oral, incluso usa objetos y canto para recrear lo que cuenta. Existe una puesta en escena. Fue escogido como ganador, porque fue el video más elaborado de todos, con una temática lamentablemente muy presente en nuestro país: la violencia intrafamiliar”.

En segundo lugar, fue elegido Simón Muñoz Núñez, de Tunja, con su historia “El poema del abuelo”. Ambos jurados resaltaron que “la memoria de este poeta es sorprendente, tiene 90 años, y declama en verso sin titubear. El poema trata sobre la violencia que se vivió en el

país durante la Guerra de los Mil Días, pero el centro son las narraciones de su abuelo que nos permiten ubicarnos en un momento histórico del país. Al mismo tiempo, el participante narra con la sencillez de un campesino, esa condición que le permite construir el mundo alrededor de su abuelo; tiene una gran expresión oral y capacidad de improvisación. El relato no tiene prosopopeya, la necesidad de fingir, no quiere posar de culto ni de literato. Es un saber sincero que tiene y puede transmitir, porque se lo dio su abuelo”.

El tercer lugar correspondió a Medellín. María Jiménez de Valencia, con su narración “Los noviazgos en mi época” fue elegida por contar “desde la inocencia, la condición de la mujer hace décadas. Mira el pasado sin ironía pero con humor. Abundante en el uso de metáforas, la participante cuenta, en el contacto con los hombres, cómo ella asume una forma corporal para ocultarse durante la adolescencia. Trasciende de la anécdota. Este relato tiene un valor cultural de memoria muy alta”.

Las menciones honoríficas correspondieron a: Nelson Restrepo Ángel (Armenia), con su historia “La venganza”; Julio César Zapata Serina (Medellín) con “Perdóname abuela”; Luz Amanda Castrillón Valencia (Medellín) con “Mi primer gran amigo”; Hortensia Fandiño de Sarmiento (Bogotá) con “Usaquén”; y María Patrocinia Amaya Pavón (Arboledas, Norte de Santander) con “Mi historia con el café”.

Los jurados sugirieron a los futuros participantes “salir del yo, de la narración anecdótica, para generar un nivel de construcción más elaborado donde puedan sumar recursos de complejidad narrativa,

donde la puesta en escena juegue un papel importante”.

Sobre su experiencia seleccionando las historias, dijeron que “es muy importante preservar la sabiduría de los mayores y darle un nuevo orden, empezar a crear una mitología con los relatos de esas personas que logran traducirlo en discurso”.

La totalidad de las narraciones elegidas por los jurados y la elegida por el público se encuentran compiladas en el Especial Multimedia alojado en la página www.historiasenyomayor.com donde puede constatare la diversidad y riqueza de las narraciones de esta versión.

Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

Perfiles y reseñas de los ganadores

1er lugar: María Olga Perlaza Angulo (Cali)

Título de la historia: El niño triste y su laberinto

María Olga es una cantautora innata. Esta ama de casa de 70 años ha sido invitada a diversos festivales y encuentros musicales gracias a sus composiciones de bolero, salsa y sonidos del Pacífico. Desde 2016, está vinculada al laboratorio de Escritura y Memoria que se desarrolla en la Biblioteca del Deporte.

“El niño triste y su laberinto” narra la historia de un pequeño muchacho que es testigo de la violencia intrafamiliar. Por medio del canto y la dramatización, María Olga conmueve a los oyentes con esta reflexión que escribió hace más de 15 años y que, según cuenta, es tan valiosa porque refleja una realidad que se sigue dando, en cualquier región y clase social.

2do lugar: Simón Muñoz Núñez (Tunja)

Título de la historia: Poema del abuelo

Simón nació en 1925 en un pequeño municipio al norte de Boyacá, llamado Güicán. Toda su vida la dedicó al campo y al comercio, pero desde pequeño tuvo una gran pasión por la poesía y la declamación.

Desde su infancia, acumuló una serie de historias en verso que sus hijos recogieron y publicaron en 2014.

Esta historia proviene de un proceso de tradición más largo. Su abuelo, quien también declamaba en verso, lo motivó desde muy pequeño a que memorizara una narración compuesta por él y que recopilaba sus difíciles experiencias en la Guerra de los Mil Días. El testimonio de Simón, en primer lugar, refleja la importancia de preservar los saberes de nuestros abuelos y, en segundo término, evidencia que la crudeza y los avatares de la guerra son los mismos a pesar de la época.

***3er lugar: María Jiménez de Valencia [María Zorín]
(Medellín)***

Título de la historia: Los noviazgos en mi época

Desde pequeña, María sabía que contar historias era lo suyo. Nació en Yalí, un pequeño municipio del nordeste de Antioquia, donde vivió hasta que un día, “con un talego repleto de sueños”, emigró a Medellín con el objetivo de ser cuentera, poeta y escritora. Hoy, María puede decir que lo ha conseguido. A sus 71 años, escribe cuentos y poemas, declama. Perteneció al grupo de la Corporación Cultural Viva Palabra y ha participado en diversos festivales en Antioquia.

“Los noviazgos en mi época” es una historia que, con base en diversas anécdotas propias, de primas y amigas, cuenta de manera cómica el modo en que se concebía el tener un novio en la década de los 60.

Mención de Honor: Nelson Restrepo Ángel (Armenia)

Título de la historia: La venganza

Oriundo de Armenia, este Administrador de Empresas dedicó la mayor parte de su vida al servicio bancario. Luego de emigrar a Bogotá, tuvo que devolverse a su tierra natal y enfrentarse con los negocios de la familia, a raíz de la muerte de su padre, en la década de los 60. Precisamente en esta historia, Nelson narra la conmovedora decisión que tomó cuando, después del asesinato de su padre, tuvo la posibilidad de tomar venganza. Esta anécdota adquiere una importancia fundamental por el momento que enfrenta el país en medio del proceso de paz, pues Nelson decide renunciar a la violencia y seguir adelante.

Mención de Honor: Julio César Zapata (Medellín)

Título de la historia: Perdóname abuela

Julio César hizo de todo en su vida. Ha sido taxista, empleado bancario, guía de turismo, tabernero, vendedor de tienda, culebrero y actor.

En los últimos 15 años se dedicó a la docencia, en la que encontró una de sus verdaderas vocaciones. Se pensionó en 2014 y, desde entonces, ha encontrado en la promoción de lectura un nuevo interés.

Un niño juega con las gafas de su abuela movido por la curiosidad de saber cómo se ve el mundo a través de sus ojos. Después de unos pasos, los lentes se rompen contra el suelo, cuando el nieto cae al piso.

A pesar de haber pedido perdón, Julio César, el protagonista de

esta historia, recuerda el rostro de su abuela y las lágrimas de aquel día cuando intentó cubrir su falta con una travesura.

Mención de Honor: Luz Amanda Castrillón (Medellín)

Título de la historia: Mi primer gran amigo

Llegó sola a Medellín con apenas 11 años. Nació en un pueblito llamado San Roque, en Antioquia, pero, debido a la ausencia de oportunidades, emigró para trabajar en casas de familia, ayudando con el trabajo doméstico. Durante toda su vida cuidó niños y realizó labores del hogar. Hoy tiene 66 años y, desde hace poco, vive en un hogar de adultos mayores donde ha empezado a asistir a la escuela. Dice que tiene muchas historias, pero recuerda más las de la infancia, porque “a uno le queda más en la memoria lo que le sucede de niño, que lo que le sucede de viejo”.

La protagonista de esta historia, a los tres años, tuvo un misterioso amigo que todo el pueblo creyó imaginario hasta que, un día, la subió a una roca muy alta junto a una quebrada. Desde entonces no lo volvió a ver, huyó cuando su familia y amigos se acercaron a rescatarla pensando que se había ahogado en el río. Por años, Luz Amanda cargó con la incredulidad de los adultos frente a este mágico acompañante, que no consiguieron explicarse la forma en que una niña pequeña llegó hasta semejante altura.

Mención de Honor: Hortensia Fandiño de Sarmiento (Bogotá)

Título de la historia: Usaquén

La menor de 6 hermanos, Hortensia nació en la localidad de Usaquén cerca de Corabastos Norte. Durante la escuela primaria nació su amor por la lectura y la escritura. En su casa tiene más de 40 diplomas de cursos que ha tomado para saciar su curiosidad sobre temas de matemática y lenguaje. Su prodigiosa memoria alberga más de 300 coplas y 800 adivinanzas. Asiste a la Fundación Jeymar desde 1999, y lleva un año vinculada al Laboratorio de Escritura y Memoria que allí se desarrolla. Ha recibido premios locales de narración e importantes menciones en el ámbito de la oralidad.

La participante elabora un recuento histórico de la localidad de Usaquén, desde la llegada de los españoles hasta nuestros días, para comprender la magia de este lugar. Es un valioso relato de tradición oral enriquecido por un muy apropiado uso del lenguaje que constituye un patrimonio invaluable para sus residentes. Esta historia se le ocurrió después de visitar el Museo Francisco de Paula Santander.

Desde ahí, dedicó meses a recorrer instituciones y calles para contarle a futuras generaciones sobre esa tierra que ama.

***Mención de Honor: María Patrocinia Amaya Pabón
(Arboledas, Norte de Santander)***

Título de la historia: Mi historia con el café

Nació en una vereda de Norte de Santander llamada Chicagua. Viene de una familia de ocho hermanos. Pasó gran parte de su vida en el campo dedicándose a la recolección de café. Le gusta la poesía, especialmente las ensaladillas, una epopeya en verso característica de la región. Participó en un reinado de la tercera edad, ganando el primer premio a nivel departamental. Tiene cuatro hijos que sacó adelante con trabajo y tesón.

Esta narración nos permite comprender la forma artesanal en la que, por muchos años, las mujeres recogieron el café en Norte de Santander. Hace un recorrido por los juegos, los cantos y las aventuras que ella vivió desde el día en que su padre le pagó el primer jornal. Tanto cariño tiene por su oficio de recolectora que, a pesar de los años, en el solar de su casa guarda, como uno de sus bienes más preciados, una hermosa mata de café que expone con orgullo.

Elegida por el público: Lucila Tupanteve (Arauca)

Título: El ánimo del Arauca vibrador

Ama de casa de 73 años, residente de la ciudad de Arauca y madre de 6 hijos. Aunque se define como una persona un poco tímida, participó en el concurso para “superarse en una nueva faceta de su vida”, demostrando que con los años los sueños no se terminan.

En su historia “El ánimo del Arauca vibrador”, Lucila narra los difíciles momentos que vivió con su familia en una vieja casa habitada por un espíritu. Dicho relato se convierte en la excusa para recordar momentos, personas y sentimientos que pasaron por su vida y que hoy día hacen parte de lo que quiere transmitir a otras generaciones.



Por medio de la plataforma del proyecto, las personas de todo el país participaron con los videos caseros que hicieron ellas mismas, personas cercanas, familiares o promotores de las bibliotecas. Para la publicación de los ganadores y menciones de honor se regrabaron por equipos profesionales.



María Olga Perlaza Angulo, de Cali, ganó en la categoría de Narración Oral con su historia “El niño triste y su laberinto” que cuenta, de manera conmovedora, cómo un niño es testigo de la violencia intrafamiliar.



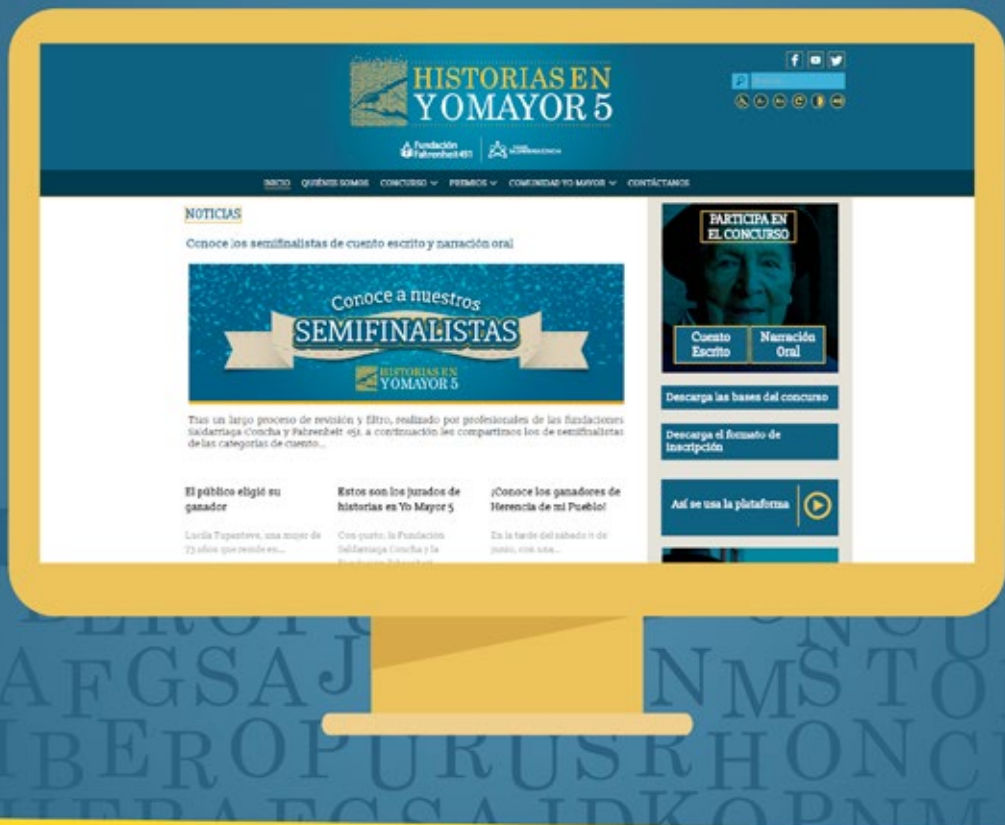
Simón Muñoz Núñez, oriundo de Güicán (Boyacá), obtuvo el segundo lugar con una historia que su abuelo contaba y lo motivó a aprenderla. Por medio de versos, recopila las difíciles experiencias que vivieron muchos en la Guerra de los Mil Días.



María Jiménez de Valencia, residente de Medellín, consiguió el tercer puesto con una cómica historia en que refleja la manera en que se vivían los noviazgos en la década de los 60.



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Julio César Zapata (Medellín), Nelson Restrepo Ángel (Armenia), Luz Amanda Castrillón (Medellín), Hortensia Fandiño de Sarmiento (Bogotá) y María Patrocinia Amaya Pabón (Arboledas, Norte de Santander).



Al cierre del concurso, la página fue un éxito y se consolidó como el principal canal de comunicación del proyecto. Es más, en la categoría de Narración Oral se inscribieron 355 personas. Además, la página fue visitada más de 72.000 veces.

CUENTO ESCRITO

Más de 810 personas mayores de 72 ciudades del país participaron en la categoría de Cuento Escrito del concurso. Durante cerca de tres meses los textos participantes se recibieron en físico (en las urnas que el concurso dispuso en algunas bibliotecas, espacios culturales y centros de recreación de las instituciones aliadas) y en digital (en la página web del proyecto).

Durante tres meses, los promotores de lectura de las redes de bibliotecas y demás espacios aliados acompañaron el proceso de redacción y presentación de los textos de las personas mayores, esta vez, a nivel nacional. Una de las novedades más importantes de la categoría, en esta versión, fue la recepción de propuestas a través de la web. Se inscribieron 415 textos de manera virtual, sumados a la recepción de cuentos en físico que este año llegó a 395, para un total de 810.

Después de un arduo proceso de deliberación a cargo del reconocido cronista Alberto Salcedo Ramos, y la escritora y artista Mónica Savdié, se llegó al fallo definitivo de la categoría que destaca la creatividad, innovación y profunda riqueza de los cuentos participantes. En esta sección podrá encontrar los textos que fueron seleccionados por el jurado que cumplió con la difícil tarea de elegir las 8 historias que ganaron junto con una serie de finalistas, que acompañan estas páginas.

Los trabajos aquí compendiados se escogieron de entre una muestra representativa de 44 cuentos, preseleccionados durante la instancia de prefiltro, según la estricta tutela de los criterios del concurso (redacción, originalidad, sintaxis y cumplimiento de los requisitos de participación). El resultado habla por sí mismo, representa la suma de voces diversas, cultivadas y sensibles. Es el resultado de la creatividad literaria que el concurso entrega a Colombia, en su quinta versión, y que da cuenta, una vez más, de ese mágico trance entre la memoria, la vida y la imaginación.

Palabras del jurado

El 26 de julio de 2016, en Bogotá, se reunieron los jurados de la categoría de Cuento Escrito, del concurso Historias en Yo Mayor. El cronista, Alberto Salcedo Ramos, y la artista, Mónica Savdié, escogieron los cuentos que encontrará a continuación.

De manera general, señalan que, en su mayoría, los cuentos se conectan con la memoria y las anécdotas, acercándose al testimonio. Los jurados consideran que estas historias son necesarias para la coyuntura actual de Colombia. No solo por cuanto contarlas sea sanador, sino, también, por la manera en que pueden ayudar a construir memoria colectiva y pueden abrir paso a una posible reparación. Además, resaltan que la infancia, ya fuese la propia o la de personajes ficticios, sea un momento determinante en muchas de estas historias.

“Buizarcote”, cuento escrito por Helder Morales Sepúlveda, proveniente de Bogotá, recibió el primer lugar. En palabras de Alberto Salcedo Ramos, este texto “está muy bien escrito. Plantea muy bien la historia. Además tiene un punto de giro bien desarrollado por el autor. El final tiene un toque de humor negro que le da más fuerza al texto”. Para los jurados, su escritura muestra la sencillez que revela a un escritor con experiencia.

Por otro lado, el segundo lugar fue otorgado a “Río arriba, río abajo”, de Ricardo Ordóñez Ortiz, de Cali. Para Mónica Savdié, este cuento funciona desde el título, pues “por la manera en que fue escrito, la lectura misma es como un río. La manera en que escribió el cuento

me fue llevando por el paso del tiempo. Además, el punto de vista que plantea desde el personaje femenino da fuerza a la narración y un punto de vista interesante frente al conflicto armado. Su final es un punto de partida para la reflexión”.

Por último, el tercer puesto lo obtuvo “La llegada del progreso”, cuento de Óscar Moreno Mejía, de Medellín. Frente a este, los jurados resaltaron su buena escritura, la historia que construye y la manera en que, con cierto humor negro, cierra un episodio habitual en lo rural.

Las Menciones de Honor correspondieron a: “La Corriente Infernal”, de José Vicente Rubio Delgado (San Francisco); “Una historia de nunca acabar. Una lección de vida”, de Luis Baudilio Albornoz Bello (Bogotá); “Entre la honestidad y la gratitud”, de Luis Felipe Trujillo Parra (Bogotá); “Todas la horas hieren, la última, mata”, de Fabio de Jesús Zuluaga Ángel (Medellín); “Erialet (La Puta Decente)”, de Juan de Jesús Herrera González (Calarcá).

Y los finalistas fueron: “Alcalde por insistencia”, de Guillermo Aguirre González (Bello); “Violento y destartalado quedó paro pape-ro”, de Jorge Enrique Mantilla Jaimes (Bucaramanga); “Oleajes”, de Margarita Rosa Patiño (Cali); “El último día de Alcué”, de Julia Reina Durán (Medellín); “El sombrero de fieltro de Don Aurelio”, de Rodrigo Ernesto Pérez (Medellín); “La Luna fue su cirio”, de Joaquín Eladio Ospina Zapata (Medellín); “La Montaña”, de Aura Encinales Ardila (Bogotá); “A dónde fue la Abuela”, de Nhora María Pinzón de Paredes (Bogotá); y “Bogotá en los tiempos del cólera”, de María Trinidad Pinto Abreo (Bogotá).

Los jurados recalcaron que muchos de los participantes, construyen historias con un “encanto” y una manera intuitiva, con un talento muy natural. De igual modo, invitan a todos los participantes a que continúen su formación escritural con el objetivo de mejorar temas que van desde la redacción y la puntuación, hasta estructuras narrativas que dinamicen las historias.

La totalidad de los cuentos ganadores, menciones de honor y finalistas se encuentra en este libro, en el cual puede constatarse la diversidad y la riqueza narrativa de los participantes de este año. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

GANADORES

1er lugar

Buizarcote

Por Helder Morales Sepúlveda (Bogotá)

La mayor parte de su vida, trabajó en el Ministerio de Transporte. Su amor por la escritura surgió desde muy niño, cuando en el colegio ganó su primer concurso de cuento. En 1992 participó en uno de los talleres literarios de la Universidad Central; sin embargo, su aprendizaje en el mundo de la literatura ha sido en su mayoría empírico.

El sonido de la moneda, que lancé contra la tasa metálica del mendigo, descorrió el velo y vi, por primera vez, los ojos de este anciano que conocía desde mi niñez. Eran unos ojos marrones intensos. “¿Usted no se ha muerto todavía?”. Oí que mi impertinente y atolondrada voz preguntaba.

Tenía cabellos blancos ensortijados y se cubría de la garúa con un plástico. Además, cosa inaudita, lucía en su mano izquierda un anillo de oro. Estaba sentado en el andén en posición parecida a la de un meditador. Aclaro que, aunque lo había visto desde mi niñez, nunca lo había reconocido, como cuando alguien ha visto desde niño los cerros orientales de Bogotá y solo cuando es adulto descubre su arrobadora belleza.

Ahora sabía que lo había visto, por primera vez, en el matadero municipal de la Calle 13. Era el año 67. Había ido con mi mamá a

comprar unas libras de carne. Cerca de nosotros, un matarife partía con golpes de hacha la cabeza de un animal, y algunas astillas y salpicaduras de sangre dieron en mi rostro. Me retiré asqueado, mientras trataba de limpiarme. Entonces, vi al hombre. Él vestía una ruana negra astrosa y abanicaba una parrilla con chunchullo. Me dijo con voz cavernosa: “Así sonaba la cabeza de Uribe Uribe cuando la despedazaron”.

Seis años después lo volví a ver en el incendio del edificio de Avianca. Con 42 pisos, era el orgullo de Bogotá y, en un día, quedó hecho cenizas. En medio de la tragedia, dos personas habían preferido lanzarse al vacío antes que morir quemadas. Sus cuerpos estaban tendidos sobre la Séptima. El incendio empezó temprano en la mañana. Yo llegué cerca de las dos de la tarde y estuve hasta la noche mirando, desde la Avenida Jiménez, cómo los helicópteros sacaban gente de la azotea y los llevaban hasta la Plaza de Bolívar. A las 6 de la tarde, el edificio era una tea que se veía desde kilómetros de distancia. Entre el humo negro teñido de azafrán que cubría el cielo y el olor a quemado, de repente, encontré al limosnero: estaba frente a la iglesia de San Francisco. Me dijo, cuando le extendí una moneda: “Así se veía y olía cuando mataron a Gaitán”.

La siguiente vez memorable fue doce años después, cuando el M-19 se tomó el Palacio de Justicia y el ejército fue a retomarlos, pero en el fragor de la batalla olvidó que los rehenes estaban dentro. Eso fue un miércoles. El sector fue acordonado desde la Jiménez y nadie podía pasar. Yo fui el sábado por la mañana. Me confundí con los cientos de

ciudadanos que, incrédulos, miraban hacia la Plaza de Bolívar. No se alcanzaba a ver el Palacio de Justicia, pero olía a quemado y a carne asada. Todos en silencio, nadie osaba interrumpir el pasmo. Entonces sentí asco y, cuando me iba en busca de un mejor aire, tropecé con el anciano, cerca de la boca de los sótanos de la Jiménez. “Silencio y olor de Palonegro”, dijo con su siempre cavernosa voz.

Pienso que mi mente despertó cuando la moneda golpeó el latón, y conectó toda la información que tenía adormecida, para que en ese momento pudiera recordar que había visto al anciano varias veces en mi vida sin reconocerlo. Aunque no me consuela de nada, pues no atino a imaginar siquiera por qué antes no lo recordaba, siendo tan “viejos conocidos”. Después de mi impía pregunta sobre si no se había muerto, quedé avergonzado y, mientras me alejaba con rapidez, alcancé a oír que él decía un sinsentido: “Serán 4”.

Llegué a cumplir la cita que tenía con mi amigo Farid en una cafetería. Pedimos dos tintos y él se puso a charlar del tema interesante de esos días: la desaparición del avión de Malasya Airlines. Farid hablaba y hablaba y yo miraba a la gente que entraba y salía, los que comían, los que reían, las meseras con su delantal rojo; pero yo no estaba presente, estaba con el viejo en su andén. De repente, no pude aguantar más y le conté en detalle todo a mi amigo. “No joda”, me dijo con su característico acento costeño. “De manera que te has topado con Buizarcote”. Dos tintos más.

Jamás había escuchado del tal “Buizarcote” y Farid acucioso me informó que era una leyenda urbana. Que en las crónicas santafere-

ñas del siglo XIX se le describía como uno de los criollos líderes de la Insurrección de los Comuneros, en la cual el Virrey prometió lo que el pueblo pedía y, cuando se disolvió la insurrección, mandó apresar a los cabecillas. Entonces, fueron traídos a la capital y condenados a muerte. Mientras colgaban a su amigo José Antonio Galán y antes de prenderle fuego al cuerpo, le cortaban manos, pies y cabeza para ser expuestos ante el pueblo para que aprendiera a no sublevarse; mientras eso sucedía, el criollo de marras había logrado huir, no se sabe cómo. Los tres soldados, que fueron a buscarlo para la ejecución, salieron enloquecidos de la celda y se destrozaron las cabezas contra las paredes sin que pudiera alguien detenerlos. Los otros siete soldados que entraron temerosos, a investigar, encontraron el cepo vacío y dibujado toscamente en el piso de tierra de la asquerosa mazmorra, el signo θ . Ésa es la historia de Buizarcote y, dicen que, desde entonces, siempre ha merodeado por el centro de la ciudad buscando al Virrey traidor y alimentando su odio con fuego y sangre. Se le reconoce por ser un limosnero que lleva un anillo de oro.

Quedé estupefacto. Después de unos instantes me levanté, casi con violencia, y me dirigí a buscar a Buizarcote. Había caminado una cuadra cuando se me emparejó Farid. “No lo vas a encontrar”, me dijo, “solo es una leyenda”. No le respondí y seguí caminando con paso fuerte. Dejé a Buizarcote sentado en el andén frente a una joyería. Cuando llegamos al sitio, reinaba una deprimente soledad, las nubes se habían oscurecido y el frío calaba los huesos. Un remolino de viento elevó algunos papeles y, donde había dejado a Buizarcote, solo había un arrui-

nado edificio cuya puerta estaba tapiada.

“No puede haber una joyería en este punto”, escuché la voz ahogada de Farid. “Quizá en otra época la hubo, pero no hoy y Buizarcote solo es una leyenda que ya conocías, pero no recordabas”. Resignado intenté aceptar las últimas palabras de mi amigo, pero no pude.

Por la noche, en casa, traté de organizar ideas: no sabía, y tal vez jamás lo sabría, por qué solo hasta esa mañana había recordado que había visto al pordiosero en el matadero, en el incendio del edificio de Avianca y en el holocausto del Palacio de Justicia. Algo había pasado en mi mente, cuando la moneda dio en el latón. No sé por qué, pero ahora mismo estoy oyendo de nuevo el sonido. Creo que cualquier persona puede escuchar, sin ningún esfuerzo, el sonido de una moneda contra una lata, aunque ni la una ni la otra estén realmente ante nosotros. Eso no lo puedo explicar, pero es así.

Pasé la noche dándole vueltas en la cama mil veces al asunto. Calculaba cuántos años podría tener el mendigo, si yo era un niño cuando lo conocí y ahora estaba retirado. Pensaba en las 3 ocasiones de muerte en que lo había visto y las asociaciones que él hacía con otros 3 hechos violentos de la historia patria. Recordaba sus últimas palabras, “serán 4”, sin hallarles sentido y, así, pasé toda la noche hasta que al amanecer me dormí. Cuando desperté, un poco antes de las 8 de la mañana, estaba soñando con una serpiente que vertía sangre por su cola.

A mi obsesión por Buizarcote se sumaba ahora este sueño, que intuía significativo. Tenía una mezcla de excitación por el misterio y, a la vez, de disgusto de que todo esto me ocurriera. Leía sobre param-

nesias, sobre el déjâ vu, sobre la simbología de los sueños, del signo θ y del número 4, pero nada sacaba en claro y, por el contrario, más me confundía. Una madrugada desperté sin que estuviera soñando nada, pero unos segundos después de salir de la cama, ya en plena vigilia, se me impuso la imagen de la serpiente sobre el centro de Bogotá.

Abrí Google Maps y, después de mirar aquí y allá, de repente vi la serpiente del sueño: empezaba al pie de Monserrate, con la primera parte de su cuerpo dándole forma a la Avenida Jiménez (¡el Río San Francisco!) y la última parte del cuerpo sobrepuesta a la Calle 13. En un instante de luz, vi su cola chorreante, terminando en el matadero municipal. ¡Sangre! Así que empecé a considerar que las matazones en el centro de Bogotá tienen una relación obvia con el matadero municipal y con la historia patria. Entonces decidí recorrer el escenario.

Estoy a un lado del Capitolio Nacional y miro la placa conmemorativa en el punto donde asestaron los hachazos a Uribe Uribe. Camino un poco hacia el sur y veo la mole reconstruida del Palacio de Justicia, que aun después de tantos años, sigue siendo deprimente. Más adelante, paso por el sitio en que varias placas marcan el lugar donde cayó Gaitán. Desde la esquina de la Séptima con Avenida Jiménez, observo el edificio de Avianca, la iglesia y el palacio de San Francisco.

Empiezo a bajar por la Avenida. Me dejo ir. Paso por San Victorino, que tiene menos gente de lo normal un domingo en la tarde. La Calle 13 está más y más sola mientras paso frente a la Estación del Ferrocarril de La Sabana. De vez en cuando esquivo algún vicioso o miro de soslayo algún malandrín. Hay pocos locales abiertos, hasta que llego

al matadero. Para mi sorpresa, en su lugar ahora hay una blanca y hermosa reconstrucción. Ahora es una universidad. Veo el nombre: “Francisco José de Caldas”. De inmediato recuerdo que el sabio Caldas dibujó una θ antes de ser ejecutado. Empiezo a ver la conexión: lo que empezó en la horrible mazmorra del S.XVIII termina en esta hermosa universidad del S.XXI. ¡El matadero convertido en un centro de saber!

De ahora en adelante no habrá ni más sangre ni más fuego. ¡Buzarcote ya se puede morir!

Estoy eufórico, no tanto por haberle encontrado un sentido a todo esto, sino porque tengo la esperanza de que no vaya a fluir más sangre patria. Empiezo a darle una vuelta a la inmensa construcción blanca del, ahora muerto, matadero (aunque éste seguirá existiendo en otra parte). Nunca imaginé que los domingos en la tarde, por aquí, fuera tan solo, tan solo. Voy a solas con mis pensamientos. Ahora ya no son sueños ni tintineos en mi mente sino realidades. De pronto, salidos de la nada, me rodean 4 maleantes...

2do Lugar

Río arriba, río abajo

Por Ricardo Ordóñez Ortiz (Cali)

El arte ha sido el protagonista en la vida de Ricardo, un artista plástico con una profunda sensibilidad para la narrativa escrita. Ha hecho reseñas para el periódico Cali Cultural sobre temas de actualidad en materia de arte y cultura. Además, se ha formado en los talleres literarios de Historias en Yo Mayor en la Biblioteca del Deporte en Cali.

A mediados del siglo pasado, Juanchito era un humilde caserío de bahareque con techos en paja, habitado por negros areneros y pescadores, situado a orillas del río Cauca, que les regalaba, a manos llenas, toda su riqueza. En verano, el río permitía a Josefa, voluptuosa y acuerpada negra, afincada en su ribera, cruzarlo a nado con sus amigos. Pero, en invierno, sus aguas de terroso color formaban traicioneros remansos, corrientes y remolinos, bien conocidos por los navegantes de las numerosas balsas y canoas que lo surcaban, y no por los muchos nadadores inexpertos que perdieron la vida intentado atravesarlo en esa época del año. Estas aguas desbordadas formaban un jardín de gloria sobre la tierra, las ciénagas rodeadas por verdes bosques, habitadas por la música de las garzas, los pellers y los animales de monte. Estas eran paso obligado de aves migrantes, como los patos, y sitio de pesca de visitantes y lugareños. Observadas, desde la falda de los Farallones,

se veían brillar como una gran mancha blanca extendida en la lejanía.

Josefa vivía a la orilla del espejo de agua Charco Azul, una ciénaga llamada así por el trozo de cielo que reflejaba en los días sin nubes. Como buena palenquera rebelde, llegada de la selva del Chocó, se negó a ser la sirvienta o la nana sometida a la patrona, en una casa de familia, trabajo que la ciudad le ofrecía. No quiso ser la esclava de nadie. El río le daba todo a ella y a sus ancianos padres, era su madriquera. Experta en el manejo de la canoa, navegó río arriba y río abajo, a buscar el playón para extraer la arena que vendía a los mayoristas del caserío. También cazaba iguazas con cauchera y pescaba en el río ejemplares de casi un metro, que se daban en esa época. Con ellos, preparaba el mejor atollado de arroz de pato y sancocho de bagre de la región, que vendía en un quiosco al lado de la carretera. En una de esas faenas de trabajo, conoció, en su playón preferido, a un musculoso negro pescador de anzuelo y atarraya. Dejaron sus canoas amarradas a un tronco, luego se amaron esa noche en la arena, como animales salvajes a la luz de la luna, y no se reconocieron a la luz del sol. Así lo quiso ella y así fueron engendrados todos sus siete críos.

Preñada de su primer hijo, Josefa salió a buscar arena en la canoa.

Era invierno y las playas estaban anegadas, lo que la hacía pesada y difícil de sacar. Alcanzó a subir la carga y, con la última palada, sintió los dolores del parto. Sus piernas se hundieron lentamente. La fangosa arena se la engullía como bocado de serpiente anaconda. Pedía auxilio. Una canoa que salió de la nada se acercó, nadie había en ella. Sintió unos fuertes brazos que la arrancaron de las fauces de la

muerte y la subieron a la canoa. Era él, el boga del potrillo fantasma que navegaba el río en las noches oscuras de tormenta. Su hijo nació en medio del río que bufaba enfurecido, en el lecho de arena que transportaba su madre al rancho. Josefa, con sus dientes, igual que un tigrillo hembra, rompió el cordón umbilical y, con las hojas de plátano que cortó al acercarse a la orilla, arrojó su cuerpecito tembloroso. Lo bautizó ella misma, con el agua lodosa del río, y lo llamó Genaro.

Esa mancha brillante de aguas desbordadas del río Cauca, que la vio crecer, dio el nombre al asentamiento humano llamado distrito de Agua Blanca. A este, caídos como los patos, llegaron desplazados de todo el país que le huyeron a la violencia paramilitar, al acoso de la guerrilla y a la pobreza extrema. Ellos llegaron a invadir este enorme campo, atraídos por el fértil Valle de oportunidades. Ellos trajeron las costumbres, alegrías, tristezas y, algunos, sus vicios y maldades.

El espejo de agua de la ciénaga Charco Azul se rompió en cien pedazos, al convertirse en escombrera de los desechos de la ciudad y la basura de las numerosas barriadas de invasión que se formaron a su alrededor. El paisaje del río Cauca, al pasar por Juanchito, se transformó en un voraz remolino plagado de miseria y peligro que a Josefa y a su familia les tocó vivir. “Vayan a la escuela por las calles como si caminaran por un campo minado”, les aconsejó Josefa a sus hijos, encomendándolos a la Virgen del Carmen. Desde el día en que encontraron una calavera dibujada en un papel clavado a un árbol, ya no podían correr a lo largo del río. Daban una larga vuelta a las barriadas, para cruzar el viejo puente colgante. Se iban temerosos, paso a

paso, en fila india, y buscaban las señales que anunciaban la frontera invisible. Cruzar una de esas fronteras custodiadas por las pandillas juveniles significaba la muerte. La señal más común de ellas era un par de tenis colgado de los cables de energía, una equis trazada con tiza en una pared de esquina o nada, solo una voz que advertía desde lejos: “¡Ábranse, por aquí no se puede pasar!” con una mano amenazante armada de cuchillo.

En una madrugada lluviosa, Josefa acompañó a sus hijos a la escuela. Dispuestos a pasar el puente, encontraron una cuerda que les cerraba el paso. De las sombras surgieron varios chicos, con sus rostros ocultos en cachuchas. Pepo, el mayor de ellos, les advirtió: “Por pasar, pagan mil pesos cada uno”. Josefa les dio tres mil, ahorrados para el gasto de la escuela. Temerosos de enfrentarse a la pandilla ‘Los del parche’, nombre que se leía en el grafiti de una columna, decidieron tomar el riesgo y cruzar el puente por fuera de la baranda. Haciendo malabares llegaron a la mitad, con tan mala suerte que el menor resbaló y cayó al vacío. Genaro, buen nadador como su madre, se lanzó a las profundas aguas, alcanzó la orilla, pero no logró rescatarlo. El río se lo tragó. Encontraron su cuerpo semanas después, en el remanso de Marbella, en una curva que hace el Cauca al entrar a la zona cafetera, junto a la cosecha de cadáveres que las aguas arrastraban en los días de terror.

Josefa lloró lágrimas de sangre, lloró por tantos años de dolor contenido, con la tristeza de mujer sola y desplazada. Cantó a su hijo con arrullos y en ese cántico lloraba su terruño de ríos transparentes. Lo

veló en su rancho, en un cajón blanco, rodeado por cortinas descolgadas de las ventanas de sus vecinos, y lo enterró con sus recuerdos en la platanera, al lado de un caimo, bajo una cruz hecha con su viejo canalete. Desde entonces, decidió que la canoa sería el medio de transporte para sus hijos, como lo era para ella. Todas las mañanas se veía pasar la canoa guiada por Josefa, rumbo a la escuela, con sus seis hijos muy quietos. Al pasar bajo el puente dejaban caer una flor silvestre recogida en la orilla, como homenaje a su niño sacrificado.

El diario navegar a lo largo del río, reveló a los niños todos sus secretos. Vieron los pájaros que anidaban sobre las cañerías de desagüe; a los gallitos de ciénaga sollozar y corretear por entre las pocas matas de monte que aún quedaban; y a las culebras zambullirse en las contaminadas aguas negras. En los días de creciente, de regreso al rancho, advertidos por Josefa de no mirar ni preguntar nada para no meterse en líos, observaban de reojo cómo caían los cuerpos humanos traídos de la ciudad, en autos con vidrios polarizados, o cómo flotaban sobre las aguas, hinchados como globos, con hambrientas aves de rapiña posadas sobre ellos, devorando sus entrañas.

Josefa no permitió que sus hijos fueran tentados por la amplia gama de mercado delictivo que les ofrecieron, como el atraco a mano armada o el micro-tráfico de droga, muy común en las polvorientas calles y a lo largo del río; ni que tomaran las armas de fuego que entregaban a los chicos, casi niños, atraídos por el dinero fácil, al hacer parte de las oficinas de cobro y de sicarios en el comercio de la muerte. Ella seguía en la canoa que transportaba arena, mercancías, pasajeros o la

imagen de la Virgen del Carmen, adornada con cintas y flores. Ésta también recorría el río el día de su fiesta, escoltada por numerosas embarcaciones guiadas por hombres, que como Josefa, estaban orgullosos de sacar de las aguas su diario sustento.

Un machete, bendecido por el cura y que siempre la acompañó en la canoa, le sirvió para el trabajo en la parcela y también en la defensa de lo suyo, como el día en que fue atacada por una pandilla de piratas que surcaba el río en busca de una víctima. Josefa empuñó su machete, en legítima defensa, y lo descargó a planazo limpio sobre el cuerpo de sus atacantes. Los hizo huir. Y, así, por su vida de esfuerzo y por su valentía en aquel ardiente día de verano, Josefa se convirtió en leyenda.

3er Lugar

La llegada del progreso

Por Oscar Moreno Mejía (Medellín)

Desde muy joven, se interesó en el periodismo. Con tan solo 23 años, incursionó en este oficio cuando aún no había facultades de comunicación. Trabajó en medios como El Espacio, El diario de Medellín y Radio Sutatenza. Se ha formado en el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto. Hace parte del Laboratorio de Escritura y Memoria.

El lunes 9 de marzo de 1914, iba a ser una fecha que por mucho tiempo no olvidarían los habitantes de aquella cálida y tranquila población conocida como El Sitio, no muy distante de La Villa, su capital. Por sus calles estrechas y empedradas, entre casas de bareque y tapias blanqueadas con cal, bajo tupidos árboles de mangos, ceibas, almendros y algarrobos, pasaban diariamente los arrieros, que, con sus recuas, agarraban camino con rumbo hacia el río Grande de la Magdalena.

Para entonces, casi toda la población estuvo a la espera de algo que no lograban descifrar exactamente, y que, en medio de tanta habladería y conjetura, se había convertido en tema principal de todo corrillo y costurero.

Meses antes, una cuadrilla de fornidos jornaleros estuvo adelantando los trabajos de construcción del camino por donde iría a llegar aquello que no lograban esclarecer. Al ir a constatar con sus propios

ojos, don Manuel, el carnicero incrédulo que decía no creer en nada, incluso ni en lo que se comía, decía, a quienes no habían llegado a ir todavía, que se trataba de unos larguísimos rieles montados sobre una hilera de leños, como una enorme escalera que habían dejado tirada en medio de los cañaduzales, a la ribera del río.

Aquel día, tan esperado por todos, desde muy temprano en la mañana, el bullicio de las gentes comenzó a llenar los rincones de la plaza, en un constante ir y venir que multiplicaba el acostumbrado trajín de los festivos de mercado. El estallido de voladores, más el repique de campanas y el relinchar de las bestias, hacían presagiar el momento histórico que se pensaba que iban a vivir. “De todos modos, fuese mejor que nos agarrase bien confesados”, exhortaba una molesta anciana, reprochando tanto bullicio.

Algunas arrugadas banderas brotaban por los postigos de las ventanas y serpentinas multicolores adornaban las dos larguísimas cuadras que conformaban la Calle Real, por donde pasaría el desfile. Las palomas volaban inquietas de un lugar a otro, tratando, quizás, de descifrar aquel alboroto. El aguacero, que se anunciaba, había desaparecido, perdiéndose por encanto. A la hora señalada y en desordenada procesión, el pueblo entero marchó hacia el sitio convenido. Poco a poco fue tomando posesión de la vía, a lado y lado de la carrilera.

El muy encopetado señor alcalde se acomodó bajo una especie de carpa improvisada para tal ocasión. A su lado estaba su dignísima esposa, sus siete hijos y un numeroso grupo de señores que, muy orondos, integraban la comitiva oficial, acompañados, también, por sus

mujeres que se amparaban del sol bajo una nube de sombrillas negras, color idéntico al de sus vestimentas.

Al lado derecho de la máxima autoridad, estaba el obeso cura párroco que sudaba a mares, mientras el lelo sacristán trataba de secarle la frente con la estola que ceñía el hábito a su cintura. Al otro costado, el pelotón de la policía, muy titinos ellos con sus uniformes de gala, cubriendo la espalda de su encumbrado teniente, el cual no cabía en la ropa y portaba entre sus manos el Pabellón Nacional. A un costado, la jai de la sociedad acompañada de los miembros del Santo Sepulcro y las Hijas de María, que parecían más dedicadas a coquetear que a rezar, tras las rendijas de sus mantillas.

El bigotudo director de la banda musical, de feo rostro y arrebolado por el calor, dejó soltar unas cuantas notas para afinar su instrumento, antes de dar la orden de emprender los compases del glorioso Himno Nacional. La solterona y agobiada maestra de escuela no dejaba de manotear, pidiendo compostura a una larga fila de inquietos muchachitos que habían empezado a desorganizarse y a jalarse el pelo, quizás cansados de tanto esperar.

El resto de la multitud, conformada por gentes de todas las edades y pelambres, se confundía entre sombreros, ruanas y un intenso olor a cagajón, que se levantaba desde el sitio donde estaban asegurados los caballos y las mulas. Estos últimos también formaban parte de la recepción, como mudos representantes del más importante medio de transporte con que contaban nuestros antepasados, hasta entonces.

Luego de una larga e interminable espera, el ladrido de los perros

y un seco y cortante estruendo, similar al del rayo cuando anuncia la tormenta, dieron la señal de alerta que hizo enmudecer y aquietar a toda la concurrencia. Las miradas, entonces, se fijaron atentas en el mismo punto del horizonte que daba justo en dirección a donde los rayos del sol eran más brillantes, dificultando un poco la visión.

Ateridos e impacientes estaban todos, sin pestañar siquiera para no perderse nada de lo que fuese a ocurrir. De pronto, en el recodo de la carrilera, al fondo, no muy lejos de donde estaban todos a la espera —según le contaba después, con los años, la abuela a uno de sus nietos—: “se apareció ese horrible monstruo con un enorme ojo en el medio, haciendo un ruido de mil demonios y echando humos por encima de su cabeza y sobacos...”.

El terror y el pánico se apoderaron de las gentes. El cura, levantándose de un salto, gritó: “¡Jesús, María y José!”, y emprendió veloz carrera, seguido por toda la multitud que en gran estampida desalojaron el sitio, en un dos por tres. En tan tremenda confusión, solo se advirtieron gentes rodar por el piso, gritos de auxilio y llantos de dolor. Allí solo quedaron sombreros, rejas y jíqueras; además de sombrillas, machetes y uno que otro alpargate abandonado, en medio de la gran polvareda que se levantaba en aquel alocado tropel. “Dos días, muerta del miedo, estuve escondida debajo de la cama, de donde casi no logran sacarme”, agregó la abuela en medio de las risas de aquel pícaro muchacho.

Así, la primera locomotora del Ferrocarril de Antioquia, conducida por Efraím Lopera, el maquinista más viejo y veterano de la empresa,

inauguraba su recorrido con un retraso considerable y pasaba de largo por aquel, ya, desértico lugar. Ahí, yo, Óscar Moreno Mejía, nuevo jefe de aquella futura estación, aparecía como el único mortal presente para darle la bienvenida a lo que todo el mundo en el pueblo había querido llamar “La llegada del progreso”.

Mención de Honor

La corriente infernal

Por José Vicente Rubio Delgado (San Francisco, Cundinamarca)

Ha dedicado su vida a la educación: fue profesor de colegio y no ha parado de formarse. Autodidacta. Magíster en desarrollo social con un doctorado en Educación. Desde pequeño le gustaba escribir poesía. Luego se interesó por la novela, “para poner en forma literaria lo que era más científico”. Desde 2015 vive en una pequeña ecoaldea en Cundinamarca, donde está dedicado a la escritura y las labores de la tierra.

Corría el año de 1957. Yo era el más pequeño de nueve hermanos, y cuatro de ellos eran hombres y me llevaban varios años. El mayor, que se llamaba Hernando, había leído y estudiado revistas de mecánica popular desde los siete años. Él sabía bastante sobre mecánica y electricidad.

Una de las cosas que se le ocurrió cualquier día, mientras desarmaba un radio inmenso de tubos que producían una chispa interna, fue que nos pegáramos de uno de los botones del encendido para “disfrutar” de los efectos de la corriente eléctrica.

Al escucharlo, también me obsesionaba la corriente eléctrica y me imaginaba una cantidad de electrones, corriendo en fila india y transportando la voz de los locutores de la radio. Esto me había ayudado

a superar la idea que tenía alguna gente de que esos señores —casi todos eran hombres— estaban por ahí escondidos detrás del radio o dentro de él; al fin y al cabo el radio era inmenso.

Un día, Hernando me propuso que convenciera a todos mis hermanos de tomarse de las manos, mientras uno agarraba la saliente metálica que quedaba expuesta, al quitarle el botón plástico al encendido del radio.

Yo estaba emocionado y me fui a contárselo a todos, con tal seriedad que los convencí. A las siete de la noche, después de rezar el rosario y antes de la novela radial, “Kadir el árabe” —que escuchábamos todos, observando el radio como si estuviéramos viendo lo que ocurría—, comenzamos lo que para mí sería una de las experiencias más importantes de la niñez.

Hernando terminó de rearmar, con maestría, el radio que había desbaratado en pedacitos. Allí estaba, frente a mí, esa saliente metálica color plateado, brillante, de unos dos centímetros, semiesférica por un lado y plana por el otro, con el fin de que el botón encajara perfectamente y diera vueltas al volumen.

Yo me imaginaba que todos los electrones estaban en fila, listos para salir disparados apenas se encendiera el radio. Lo que no me explicaba era cómo, al no tener el botón protector que hacía la veces de tapón, si no había algo que los recogiera, los electrones se derramarían sin ningún orden por toda la casa. Como eran tantos —miles de millones, según me había dicho Hernando— llenarían la casa y, después, se irían por las calles inundando el pueblo. Pero él me dio una

sabia explicación: los electrones pasarían a través de nuestras manos y nuestro cuerpo, y el último de nosotros, al tocar una de las paredes, los llevaría a tierra y la tierra los absorbería.

Cuando íbamos a comenzar, a mi hermana Alba se le ocurrió una excelente idea:

—¡Que el primero de la fila sea José, al fin y al cabo él fue el que nos convenció a todos!

Y, ante mi asombro y preocupación, Hernando, que era para ese entonces la voz del orden, ¡confirmó la sentencia!

Yo quedé estupefacto, pues una cosa era imaginarse la situación y otra muy distinta hacer parte de ella y de manera tan directa.

Me resistí, inventé cuantas disculpas pude, pero nada sirvió para echar atrás esa decisión.

Ante la posibilidad de que se frustrara semejante experimento, que según mi hermano se había hecho pocas veces en la historia, me tocó, con la resignación de cordero llevado al matadero, asumir semejante peligro.

¿Y si el experimento fallaba y mi cuerpo no resistía la descarga?

Si había pocas experiencias al respecto, quería decir que la cosa no era segura. Entonces, ¿existía la posibilidad de que yo quedara achicharrado de inmediato, antes de que la descarga pasara a mis hermanos?

Me entraron unas ganas inmensas de gritar: MAMÁAAA, MAMÁAAA, pero la curiosidad y el afán por la ciencia pudieron más que mi temor. Me planté de primero, con los ojos cerrados, frente al inmenso aparato.

Hernando dijo que como yo iba a estar de primero, él se haría de segundo para respaldarme y, de allí en adelante, estarían en fila el resto de mis hermanos, de mayor a menor.

Me agarré de esa saliente metálica como si fuera lo último que iba a hacer en la vida, encomendándome a Dios y a todos los santos y ofreciendo eso como expiación por todos los pecados veniales. Según el cura, en la preparación de mi primera comunión, eran los únicos que yo a mi corta edad podía cometer. Entonces, comenzó un cosquilleo que todos sentimos con cierto gusto y que nos produjo risa, pero de pronto sentimos un tirón violento que nos levantaba del piso y nos golpeaba contra él, como si fuéramos un lazo batido por los dos lados.

Cuando todos intentamos soltarnos, comprendimos que era en vano, porque la intensa corriente parecía devorarnos.

Hernando usó toda su fuerza y logró desprenderse de mi mano para desenchufar el aparato. Cuando nos levantamos del piso, al que todos habíamos caído como hormigas, nos dimos cuenta de que el accidente había ocurrido porque a mi hermano Marino se le había ocurrido la gran idea de traer un vaso de agua y meter un dedo dentro él, en el momento en que la corriente estaba pasando a través de nosotros. Hernando estuvo a punto de pegarle, porque, según él, el agua al final de la cadena había incrementado el voltaje en un nivel que se tornaba peligroso, aún para nuestras propias vidas.

Mención de Honor

Una historia de nunca acabar. Una lección de vida

Por Luis Baudilio Albornoz Bello (Bogotá)

Desde niño, se interesó en la lectura y en la escritura, gracias a la dirección de su madre, maestra rural. En su niñez, vendía periódicos y se acostumbró a leer vorazmente los artículos e historietas que se le atravesaban. Licenciado en ciencias sociales. Ha publicado en revistas indexadas sobre temas de historia y pedagogía. Es rector de un colegio distrital de Bogotá.

Esa mañana, el abuelo, como de costumbre, madrugó a acariciar los surcos, a dar de beber a las acémilas, revisar los arneses y sus enjalmas. El viento mañanero batía el rabo del gallo rojo, del color de las rosas. Mi abuelo guiaba por entre bosques, cañadas y pantanos una recua de mulas y, entre sus arcones, llevaba cacharros, “contras”, telas, especias y zurroneos con miel de caña. En los días de mercado de Yacopí, Caparrapí, Topaipí, La Palma, Simijaca y Muzo, extendía su mesa y levantaba su toldo. En el ambiente existía una ligera distensión por los anuncios, a los cuatro vientos, de que la violencia había sido frenada; Thanatos se aseguró tras bastidores. Eran los tiempos de la dictadura.

Entre los maizales de la vereda y El Salitre del municipio de Simijaca, ojos saltones espiaban. El sol matutino reflejaba, en sus curtidos

rostros, el odio. Habían preparado una celada al abuelo. Él ni lo sospechaba, menos que fueran las intenciones de sus vecinos. Les mortificaba que fuera un hombre franco, contestatario, ilustrado, solidario, libre y nada creyente. No llevaba escapularios, ni imágenes, ni camándulas, sino su reloj de cadena. Esto lo delataba. No eran de los mismos.

El día transcurría normalmente. El paso raudo de las nubes, la fuerza y el silbido de los vientos mecían los árboles y espantaban los pájaros. Nada hacía presumir la borrasca que se avecinaba. La oscuridad, a su paso, dejó todo en penumbra. Esa noche los perros no ladraron como de costumbre; lo hicieron como nunca lo habían hecho.

Daba terror. Los gallos y las gallinas revoloteaban con gran estruendo. El momento era sobrecogedor. Varios individuos sigilosamente penetraron en la estancia armados de palos, machetes y peinillas. Y lo hicieron entrando, dando plan, machetazos y peinillazos a diestra y siniestra a todo lo que se moviera o se les atravesara. Partes de gallos, plumas y crestas de gallina volaban. La sangre del color rojo que tanto odiaban empapó la tierra. Los golpes cortantes sobre las ollas sonaban con estrépito, quedando vueltas añicos. El filo de las armas de trabajo, mal utilizadas por los correigionarios del cura, su cohorte y del dirigente del Directorio Conservador, hicieron su tarea.

Por los golpes secos, el esmalte de los platos saltaba como proyectiles. Los ladridos lastimeros, los llantos y los epítetos de los facinerosos ensordecían el ambiente. Los asesinos no tenían empacho en moverse en el escenario de sangre y dolor. Era su forma de actuar con sus rivales políticos. Esta era la danza de los años cincuenta del siglo XX.

Mi abuela quedó con sus deditos de la mano izquierda, que levantó para proteger su rostro, colgando en el aire. Mi abuelo resultó marcado, para siempre, por un machetazo de la frente al pómulo.

Culminado este frenesí, los leñadores de carne humana, como llegaron, se fueron. No valieron denuncias, tampoco que fuéramos primos del inspector de policía encargado por la dictadura de la alcaldía.

Al día siguiente, el jefe de ferrocarriles de La Estación nos acomodó en el último vagón del tren, no había más. Desde allí, veíamos cómo el pueblo quedaba atrás, como el punto de fuga de los bocetos que el profesor nos hacía colocar en las planas de dibujo que aprendimos a diseñar en el colegio. De la Estación de la Sabana, saltamos, en la ciudad, al sur. El abuelo, buscando protección, definió las coordenadas para ubicarnos llegando, inicialmente, al Barrio Santander. Allí, de cuando en vez, admirado por la cantidad de gente, sacaba mi cabeza por la ventana: al frente, la iglesia y su consabida cruz y, en medio, dos cintas asfálticas.

Los vecinos aconsejaron al abuelo cambiarnos de barrio, porque, por nuestra condición, el barrio no nos convenía. Llegamos al Barrio Inglés. En estos lugares pusimos en ejecución nuestra capacidad de resiliencia, antes de que fuese un tema académico de hoy. Allí empezamos a echar para adelante. En muchos años no pudimos regresar al pueblo originario, del cual la violencia nos hizo partir. Sin embargo, cuando mi abuelo lo hizo, solo pudo rescatar, de una de sus mulas, una enjalma café hecha en piola y vellón de ovejo, dos arcones y unos calabazos que llenaba con su bebida favorita para las largas travesías,

una bebida combatida por los higienistas del régimen. Eso sí, mi abuelo nunca la dejó.

Años después, ya había crecido. Iba con mi padre por la carretera hacia el pueblo de Simijaca, cuando él, mirando a lo lejos, me dijo: “Ese que está allá”, señalándolo, “fue quien sacó corriendo de estas tierras a sus abuelos”. Mi abuelo para mí fue un gran padre, mi amigo, mi confidente, mi esperanza. El mundo se movió bajo mis pies, el estómago me dio vueltas y por mi cabeza pasaron muchas cosas. En segundos pensé en vengar la afrenta. No me enceguecí. Detuve el carro, tomé aire y observé. Era un viejo decrepito, desgastado, descalzurriado, que merecía compasión. En su rostro solo aparecían las arrugas de la vejez.

Tenía una pesada ruana que le colgaba hasta las rodillas. Mi padre me dijo: “¿Le pasa algo?”. Respondí: “No”. Aceleré el carro y seguimos nuestro camino. Creo que solo quienes podamos perdonar de corazón y reconciliarnos con la vida podremos construir la paz.

Mención de Honor

Entre la honestidad y la gratitud

Por Luis Felipe Trujillo Parra (Bogotá)

Durante la mayor parte de su vida, se dedicó a la abogacía, como litigante en Derecho Laboral y Familia. Aunque nunca tomó un taller de escritura, aprendió literatura en la universidad y escribe regularmente desde entonces. En su tiempo libre visita la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo para continuar leyendo y escribiendo cuentos y poesías.

Caminaba por una calle solitaria ubicada en el norte de la gran ciudad, distraído por los pensamientos del día y en busca de un trabajo digno, que ocupara mi tiempo y me diera la oportunidad de llevar un pan a mi hogar. Estaba deseoso de lograr, por fin, ser parte de la estadística de los empleados de este país. De repente y mientras avanzaba con paso lento, vi tirado sobre el andén un pequeño bolso, tipo masculino, que de inmediato llamó mi atención. Me agaché para recogerlo, estaba medio abierto, algo pesado y, ¡sorpresa!, contenía una buena cantidad de billetes. También había unos documentos que identificaban a su dueño. La verdad, me llené de nervios, me asusté mucho... diría demasiado.

Algo tembloroso, comencé a caminar rápido, muy rápido y... de repente, me detuve. Volteé a mirar hacia atrás, comencé a pensar en

su dueño. Es lógico entender que el dinero y los documentos que allí se encontraban tenían dueño. Pero, sobre la vía, no había nadie. Solo pasaban algunos vehículos, distantes, ruidosos, ajenos.

Había caminado quizás una cuadra, quise devolverme y colocar el bolso en el lugar en que lo encontré, pero me llené de temor, cerré el pequeño bolso y seguí mi camino.

Tratando de no prestarle importancia, por un instante, al dichoso, pero ajeno, tesoro, llegué al sitio que tenía destinado para entregar mi hoja de vida. Mas, tal como sucede en la mayoría de las ocasiones, ya había sido ocupada la vacante. Me dije:

—¡Bueno... será en otra oportunidad. La vida está llena de oportunidades, hay que buscarlas... o ¡encontrarlas!

Entré a una cafetería, pedí una bebida caliente y un pan, los disfruté lentamente. Unos minutos después decidí sacar del pequeño bolso los documentos de identidad de su propietario. Había allí una cédula de ciudadanía, dos tarjetas débito, un carné de salud y una consignación bancaria por valor de diez millones de pesos. Supuse que esa era la suma de dinero que había dentro del bolso. También encontré un celular, moderno, seguramente muy costoso, de esos que tienen una manzana mordida como slogan.

Este tesoro tenía dueño. En la consignación bancaria se apreciaba claramente un nombre, el mismo de la cédula, del carné y de las tarjetas bancarias. También tenía anotado un número telefónico. La foto de la cédula enseñaba a un señor muy serio, con bigote, de edad madura.

Decidí llamarlo. Pagué la cuenta y salí de la cafetería. Enseguida encontré un local telefónico y logré comunicarme de inmediato:

—¡Buenos días!, ¿me puede comunicar con el señor Carlos por favor?

Una voz seca dijo:

—¡Con él habla....!

—¡Mi nombre es Lucas y le llamo porque acabo de encontrar unos documentos, que le pertenecen, también un dinero....!

Pegó un grito que interrumpió mi conversación y me asustó mucho. Me dijo:

—¿En dónde tiene mi dinero y mis papeles?!

Con voz insegura le contesté:

—¡Estoy en la Avenida Principal con Carrera Primera, en una cafetería llamada “La Esperanza”!

Le di algunas indicaciones de mi físico y de la forma en que yo iba vestido para que me identificara fácilmente.

Me advirtió que lo esperara allí, que ojalá no se tratara de una broma o de un delito, a lo cual le contesté:

—¡No se preocupe, solo deseo hacerle entrega de sus pertenencias! Colgó la llamada.

Entré de nuevo a la cafetería y me senté. Llamé a la empleada y le pedí un tinto, tal vez esta bebida me reconfortaría. Luego tuve durante la espera un pensamiento: “¡Este será un buen día. Voy a recibir una sonrisa, un agradecimiento y una propina. Sí!”. Hasta me atreví a imaginar el valor de la propina: ¡Cien mil pesos!

—¡No tengo empleo, pero hoy tendré algo de dinero en el bolsillo. Habrá un pan para mi hogar. Este día será maravilloso!

Pensé igualmente que el señor Carlos me podría ofrecer trabajo.

—¿Será un empresario, un comerciante? Bueno... Esperemos.

Me dije a mí mismo:

—¡Ser honesto es una obligación, es un compromiso con esta sociedad que va perdiendo y extraviando sus valores más elementales!

Y yo estaba cumpliendo con ella. Sin embargo, quería, como es lógico, algo de gratitud, de recompensa, de reconocimiento y, por eso, imaginé lo mejor.

Tomé mi café lentamente, mientras pensaba cómo había llegado esa cartera al lugar en donde la encontré y, por más que me esforzaba en deducir una razón lógica, acepto que no lo logré. Pasaron algunos minutos, no sé cuántos. Lo cierto es que la espera me pareció larga... muy larga.

De repente vi a través de la vitrina de la cafetería una camioneta grande, de color rojo. Se detuvo y de allí se bajaron tres personas. Una de ellas se quedó afuera, las otras dos entraron a la cafetería. Mirando a su alrededor, se dirigieron de inmediato hacia mí.

El señor Carlos dijo mi nombre. Yo lo reconocí por la foto de la cédula. Mientras yo permanecía sentado lo saludé amablemente. Muy serio y sin vacilación alguna me preguntó:

—¿Dónde tiene la cartera con mis pertenencias?!

La tenía sobre mis piernas, la tomé y se la entregué. La abrió de inmediato. De pie contó el dinero, sacó los documentos y les echó un

rápido vistazo. Sacó el teléfono celular de la cartera e, igualmente, lo detalló fugazmente. Miró a su acompañante y, sin decir palabra alguna, le hizo un gesto con la cabeza. Súbitamente dieron la vuelta, salieron de la cafetería, subieron a la camioneta y arrancaron.

Me quedé quieto, impávido. Todo pasó con rapidez.

De pronto reaccioné, me paré de la silla y salí de la cafetería. Miré hacia donde el vehículo había dado marcha. Ya no estaba.

Comencé a caminar, confieso, un tanto sorprendido y desanimado; con un sentimiento de vacío. Sin una palabra de agradecimiento, ni una sonrisa, sin propina, sin empleo, sin un mínimo de reconocimiento a la honestidad y a la razón misma. No había asomo alguno de gratitud.

Había dado unos pocos pasos cuando la empleada de la cafetería me alcanzó y me dijo con voz de disgusto y ajena a las circunstancias:

—¿Señor, no va pagar el tinto?! ¡Sea honesto!

Exclamé:

—¡Carajo!

Mención de Honor

Erialet (La puta decente)

Por Juan de Jesús Herrera González (Calarcá, Quindío)

Cree que nació periodista y, aunque estudió Derecho y trabajó como funcionario del SENA, se dedicó a fundar, en cada lugar en el que estuvo, un periódico de poesía, cuentos e historias de su autoría. A pesar de haber nacido en Calarcá, considerada cuna de escritores, nunca tomó talleres literarios y aprendió a escribir leyendo y escuchando historias. Este pensionado escribe en su último periódico “La pulga en la oreja”.

“El amor que pudo morir no era amor”

Anónimo

Erialet, quién lo creyera, es nombre de mujer y exótico como la propietaria, a quien, a pesar de tantos años, recuerdo como la prostituta de la que me enamoré siendo adolescente.

En los pueblos las historias comienzan y acaban sin pena ni gloria. No se puede ir más allá de límites parroquiales, en cuanto a los supuestos pecados que un mozalbete puede cometer, porque “pueblo pequeño es infierno grande”, y todo, especialmente lo morboso, se conoce tan pronto ocurre.

Los años a mis espaldas no llegaban a quince. Trataba de acomodar mi personalidad y hacerme hombre en la época machista de los 60, cuando era documento imprescindible de varón tener novia, mujer o

moza. La sexualidad era privada; cualquier manifestación, mal vista y censurada a nivel religioso y social con draconiana severidad. Erialet, para no olvidarla en otros recovecos, era una mujer de aquellas que anduvieron el tortuoso camino de la “vida alegre”. Por necesidad, decía, cuando en su trabajo de mesera del café Bacardí, cruzaba palabras con el niño a quien miraba, a veces compasiva por creerlo inferior y otras con el decidido cinismo de quien, por su posición, resta importancia a su interlocutor que solo representa dinero o, en lenguaje llano, un cliente más. Por aquello del despertar del sexo, miraba con infinito deseo su cuerpo y belleza, porque, valga la pena aclarar, en esos preteritos tiempos, las trabajadoras sexuales eran mujeres de cuerpo y alma grandes, con valor para enfrentar esa sociedad pacata y oscura.

Recuerdo una tarde de canícula yendo y viniendo, como cada día por la calle real, repentinamente sentí sed y lo más cerca para calmarla era aquel café Bacardí. Entré con temor de no ser atendido por mis cortos años, además, era flaco, sin gracia y sin la masa corporal requerida para ser reconocido como adulto. Al sentarme, sin pedir nada, me vi frente a una hembra de especial fisonomía preguntando: ¿Qué va a tomar? No pude menos que tragar saliva, quedé deslumbrado, flechado y casi mudo ante su presencia. En instantes, traté de resolver mi turbación e intenté una voz varonil que casi rasga mi garganta:

¡Una gaseosa bien fría!

A partir de ese momento, no pude sacarla de mi vista ni del pensamiento. A mi edad y desesperado por el deseo de ser hombre, encontré en aquel sitio dónde podría negociar mi ingreso al selecto grupo de los

machos. Mi vida había pasado entre noviazgos rosa, tragas de ojo y esquelas de colores para niñas de bien, a quienes solo podía tocarse cuando tuvieran edad suficiente para matrimonio, aval imprescindible para la relación sexual.

Erialet se convirtió en mi obsesión, por extraña mezcla de pasión juvenil, amor a primera vista y ganas de adoptar un rol superior. Entré al submundo de las putas sin más bagaje que juventud e inexperiencia para afrontar situaciones varoniles, obteniendo, a veces, rojo intenso de timidez en mi cara de catorce años, aptos solamente para nadar en dudas y vacilaciones. Pasé largas noches intentando diálogos; la luna, mi cómplice, parecía la bóveda de plata para mi incierto despertar amoroso. Los días esperanzadores los dedicaba a tratar de conseguir recursos para ir al café, tomar alguna bebida, dedicarle canciones en la rockola y dejarle propina. Los ratos a su lado eran fugaces, cortos y lindos como sueños. Verla venir y sentirme atendido por ella era una visión mágica, realidad llevada a leyenda, en la que mi ser sentía mezclarse mil cosas. Cuando se sentaba a la mesa para oír mis cortas historias, con fondo trágico de tangos —su gusto particular—, yo trataba de aprenderlos para atraerla por medio de la música, tan sutil y atractiva para las mujeres. Antes de ahondarme en aquel inmortal recuerdo, debo confesar que mi cerebro romántico —cuando era afectado por el insomnio producto de creerla, en la noche, en cama con otro— inventaba poemas trágicos, épicos, y cantaba en solitario silencios melodías como “Yira Yira”, que es igual a decir puta, puta.

En ires y venires hacia Erialet, encontré afinidades con románticos

de la época entre quienes descollaba Julio Flórez con su poemario de lágrimas y pesadumbre. Además, supe por aquel, y por ella, que amar es sufrir sin hallar consuelo ni recompensa. Inolvidable, aquella tarde cuando un tinto caliente pasó por mi boca como fuego: Eriale, tomó mi mano izquierda en el preciso instante del primer sorbo. Mi cara casi se calcina, mi garganta pasó el café aceleradamente, mi mano presa de la suya era un tomacorriente recibiendo miles de voltios que hacían temblar mi cuerpo. Como pude coloqué el pocillo en la mesa y, petrificado, sin mirarla, mi mano intentó apretar la suya en gesto de agradecimiento y emoción sin límites. Cierta día llegué al café, estaba en una mesa con un hombre. Tomé mi acostumbrado lugar y esperé su atención; no llegó. Su compañera de turno se acercó a recibir mi pedido:

Costeñita, por favor, dije indiferente. Sin dejar de observarla, bebí el contenido en segundos y pedí otra, no podía creerme ignorado. Yo, su novio, amante virtual, admirador, fiel cliente, aquel quien a pesar de sus cortos años era capaz de dar su vida por ella, no podía verla. Ella no atendía mis ruegos ni estaba presta a entablar charla con quien se había convertido en su amoroso esclavo. Cuando comprendí el asunto, mi alma hecha jirones cayó como cristal rompiéndose en el frío suelo en partículas ínfimas. Intenté salir corriendo, pero mi hombría y ese acendrado machismo de antaño hicieron que optara por sufrir el terrible momento sin chistar, sintiendo, en lo más profundo, arraigarse un sentimiento nuevo llamado celos. Estos eran tan peligrosos como la ira de aquel instante, porque otro hombre, adulto de verdad, te-

nía a Erialet bajo su influjo. Ella lloraba mientras un tango golpeaba mis oídos y llenaba de rencor mi alma joven; él, parecía subyugarla y tenerla a su merced. Yo callé ante aquel espectáculo en el cual mi dolor se volvía ira, frustración y complejo. Cuando la situación se volvió intolerable salí del café con la idea de no volver, apretando los puños salté a la calle sin mirar atrás. Luego de varios días regresé; su saludo fue cálido, especial. Su voz sonó a gloria cuando me dijo: Te he extrañado. Sin mirarla respondí: Tengo mucho que hacer. Mentí para salir del paso, en mi interior quería gritar lo mal que pasé viendo cómo un hombre, que no la amaba, la hacía llorar y yo, enamorado, peleaba con mi almohada secretos nunca expresados y mil cosas bellas inspiradas por su amor. En casa no tenía sosiego, mi madre repetía a viva voz: Este muchacho, quién sabe dónde se meterá, no come, no estudia, no sirve para nada.

No escuchaba. Mi sentimiento estaba lleno de ella sin dejar espacio para nada ni nadie. Y ella, en este instante, me volvía la vida, diciendo que había extrañado mi presencia. Me hizo sentir de nuevo hombre con capacidad para pedirle cosas difíciles en un adolescente, tratando de salir a la superficie en ese mar de machismo, en el cual yo oficiaba como aprendiz frente a una mujer con años y mundo suficientes para burlarse de mi inspiración y sueños de poeta que ya incendiaban mi alma romántica y sola. Sus palabras fueron magia. De nuevo anduve merodeando su trabajo y hablando con ella cosas imposibles de realizar, menos aun cuando mi futuro parecía ser maestro de algo. Mi padre sugería aprender un arte y, en aquellos tiempos, era posible

ser sastre, ebanista, mecánico o empleado público. Pensaba entonces ¿Cuál sería mi destino? A esos años, sin posibilidades, me encontraba enamorado de una mesera de café mayor en edad y cuerpo. Cuando mis amigos infidentes me armaban corrillo, yo les contestaba: Es puta, pero decente. Esta frase era anatema, porque padecíamos épocas de oscurantismo religioso plagado de dogmas, prejuicios y honduras teológicas que aún hoy no entiendo, pues las cosas de religión no encajaron jamás en mi haber cerebral. Por esa razón, Erialet, era inmune a comentarios o reclamos de mis padres, condiscípulos o maestros. Cierta vez, alguno llevó el chisme al grupo de chicas en el cual una de ellas esperaba mi declaración. Desde ese momento, aquella linda criatura no volvió a dirigirme su mirada y, menos aún, sus palabras. Desde allí fue para mí témpano inalcanzable.

Erialet llegó cuando la sexualidad aparecía con su grito febril por mi cuerpo. Ella me mostró caminos de manera magistral, sin frustrar mis sentimientos, ni romper esquemas que fue elaborando hasta el día cuando me enseñó lo que un hombre hace sin necesidad de procrear y, en eso, era aventajada. Me llevó a su humilde cuartito, en primera instancia me invadió la tristeza por su pobre condición y la forma como aceptaba su destino. Me conmovieron sus carencias y las pocas oportunidades que la vida le brindaba a pesar de ser realmente bonita, pulcra, sin adicciones, pues no bebía, no fumaba ni aceptaba a cualquier individuo. En ese lugar se respiraba seguridad y limpieza.

Los cuadros religiosos impedían que fuese grotesco. Estaban por todos lados con su correspondiente veladora. Me inició en el sexo ro-

deado de esoterismo, iconos, novenas de santos y camándulas. La casita era de bahareque y su cuarto, siendo del mismo material, no amenazaba ruina como el resto. Por el contrario, contrastaba con todo lo demás de esa casona de inquilinato; no estaba en la zona de tolerancia como se denominaba en los pueblos el lugar designado por decreto para buscar placer fuera de casa. Por esa razón, llegar al cuarto de Erialet no era una odisea. El pésimo alumbrado público servía a maromas de quienes intentábamos alguna aventura evitando que el chisme corriera como lava hirviente por las calles. Aquella noche, con mi flaca humanidad y mi gigantesca timidez, recibí la gran lección de una mujer de mundo convertida en manojo de flores para no herir mi novatada. Ella me dio, con delicadeza infinita, una clase de sexualidad plena de cosas bonitas como ella.

No quiero ahondar el asunto, porque convierto este cuento en narrativa erótica común. Simplemente, Erialet ayudó a definir dudas adolescentes convertidas en barrera infranqueable, cuando no tenemos a alguien para pasarlas y quedar ilesos. Su grato recuerdo no permite colocarla en una historieta sexual común y corriente. Su paso por mi existencia me enseñó que el sexo, cuando lleva sentimientos y afecto, no es pecado.

Después de varios meses de escabullirme a su cuartito en medio de la opacidad de las noches, comencé a visitarla con menos asiduidad.

Ella lo entendía y alentaba sin problemas diciendo: Los hombres son así y tú eres y serás como ellos. Un día de julio, precisamente en mi cumpleaños, me regaló pañuelos blancos, porque los hombres de-

ben usarlos de ese color para que tengan algo limpio en su vida, dijo.

Me invitó a su casa, destapó una botellita de vino barato. Me pareció excelso por venir de ella y acordarse de mi fecha. Celebró mis quince de manera tan especial que a través de mis años recuerdo aquel dulce denominado por ella “ponqué”. Me supo a gloria por ser mi primera fiesta privada, donde ella y yo, distanciados por edad y otras cosas, encontramos en el sexo bien entendido fuerza para romper talanque-ras sociales, prejuicios y acabar con las diferencias de unos y otros por edad, profesión, sexo o dinero. Esa noche viene y va cuando, por algún motivo, tengo oportunidad de tener una mujer entre mis brazos.

Ella, con delicadeza extrema, grabó un mensaje amoroso imperecedero. Después de aquel encuentro maravilloso, volví tras una semana de ausencia, cuando creía haber forjado un sentimiento especial, similar al nacido y agrandado en mi alma por sus encantos y sutilezas. Quise verla, pero no la encontré en su sitio de trabajo, pregunté al dueño del establecimiento dijo: Ayer pidió su liquidación y no creo que aparezca por estos lados nunca más. Fui a su casa expectante. No pude tocar. Alguien en la puerta terminaba labores de aseo general.

Pregunté: ¡¿Dónde está Erialet?! La persona que salía respondió: No sé nada, me mandaron a limpiar y colocar este aviso “SE ARRIENDA POR MESES O POR NOCHES”.

Mención de Honor

Todas las horas hieren, la última mata

Por Fabio de Jesús Zuluaga Ángel (Medellín)

Se dedicó a la docencia la mayor parte de su vida. Cuando hizo parte del taller literario de Mario Escobar Velázquez, en los años ochenta, encontró el gusto por la escritura. Desde hace doce años se reúne todos los sábados con ocho amigos para compartir historias. Este grupo, en el que disertan sobre poesía y narrativa, le ha dado las herramientas para escribir el libro de cuentos “Los relatos de la espera”, y las novelas “El árbol de abuelitas” y el “Olimpo de mi barrio”.

Tal vez mañana mis amigos digan: Me sorprendió la noticia. A mí también. No salgo del asombro. Yo no la esperaba. Tampoco yo. ¿Y quién espera una cosa de estas? Y menos de alguien como él. La vida nos sorprende a cada instante. ¿Qué pudo haberle pasado? A nadie comentó nada. ¿Qué dicen sus amigos más íntimos? Todos están sorprendidos. Ninguno se explica esto tan terrible. ¿Y a qué horas sucedió la cosa? Eso solo lo sabe la señora que le alquiló la pieza. Pero no ha llegado. Tomemos un tinto. No hay donde. ¿No han abierto la cafetería? Es muy temprano. Al frente hay una abierta. Vamos. Tenemos tiempo. La gente apenas llega. ¿Dónde lo tienen? Nadie da razón.

¿A qué horas lo traen? Tampoco se sabe. ¿Le avisarían a su esposa? Dizque viene en el vuelo de la tarde. Que no viene dicen otros. Ellos

estaban separados. Él se iba a volver a casar con una alumna. Pero a nadie había dicho nada. Era muy reservado. Estoy perplejo. Ayer en la tarde estuvimos en cine viendo “Interiores” de Woody Allen. A la salida comimos hamburguesas. Las cosas de la vida. Nos paramos en una esquina a ver pasar muchachas. Desde otra, la muerte nos acechaba. A las seis nos despedimos. Ahora voy a tu casa a ver el partido.

Ahora. Nunca sabemos cuánto durará el ahora. Qué iba yo a pensar que daba sus últimos pasos por Junín. Lo esperé en mi casa y no llegó. Esta mañana me dieron la noticia y no salgo del estupor. Así es la muerte. Espera al final de la risa. Al término de la siesta. A un amigo lo sorprendió durmiendo. Ella va ahí agazapada. Rodando pareja con la vida. Si lo hubieran visto el día de mi cumpleaños. No era hombre. Era fiesta. En su noche no había un lugar para la muerte.

Bailó hasta el desmayo. Brincó hasta el sudor. Comió hasta la saciedad. Cantó a reventar. Bebió hasta emborracharse y tuvo que dormir en mi casa. Si se marcharan con los muertos los recuerdos. Pero ellos se van y los recuerdos nos quedan. En todas partes los encontramos. En todo los vemos. Como si así los muertos vengaran su ausencia. Yo estudié con él en la Universidad del Valle. Siempre me parecía un muchacho raro. Era solitario, callado y muy buen estudiante. Llegó a estar tres días encerrado en su cuarto. No tenía amigos salvo una muchacha igual de alta y gorda que él. Por entonces, él aparecía en televisión comiéndose un pollo y lo apodamos “Presa Rica”. Parecía no importarle nuestra burla. Yo fui su alumno de química en la Nacional.

El primer día de clases soltamos la carcajada cuando se nos presen-

tó. No resistimos la risa al escuchar esa vocecita delgada saliendo de semejante cuerpazo de más de noventa kilos. Al final, nos acostumbramos a él y fue un buen profesor. Adelgazó mucho en los últimos días.

Dizque estaba a régimen. Me pareció que se estaba exagerando y se lo dije. Influiría eso en su salud mental. Mucha gente se desequilibra con esos regímenes tan extremos. Lo afectaría el divorcio. Es posible. Y la soledad. Una persona de otra ciudad y viviendo solo, en un cuarto, se deprime más. Tuvo que haberse sentido muy mal. Llegó la dueña de la casa de inquilinato. Acerquémonos a oír lo que dice. Él llegó anoche como a las ocho. Comió. Lo noté pensativo. Era el último de los inquilinos en comer. Yo siempre esperaba a que terminara para lavar la loza. Vio el partido de fútbol. Se quedó viendo televisión hasta tarde. Me acosté temprano. Sentí cuando apagó el televisor y subió las escalas como contando los peldaños. Oí cuando corrió el taburete hacia el escritorio. Pensé que iba a preparar la clase. Lo hacía cada noche por tarde que llegara. Era muy responsable. Hasta ahí supe de él y de mí. Esta mañana me levanté a llamarlo para que se fuera a trabajar.

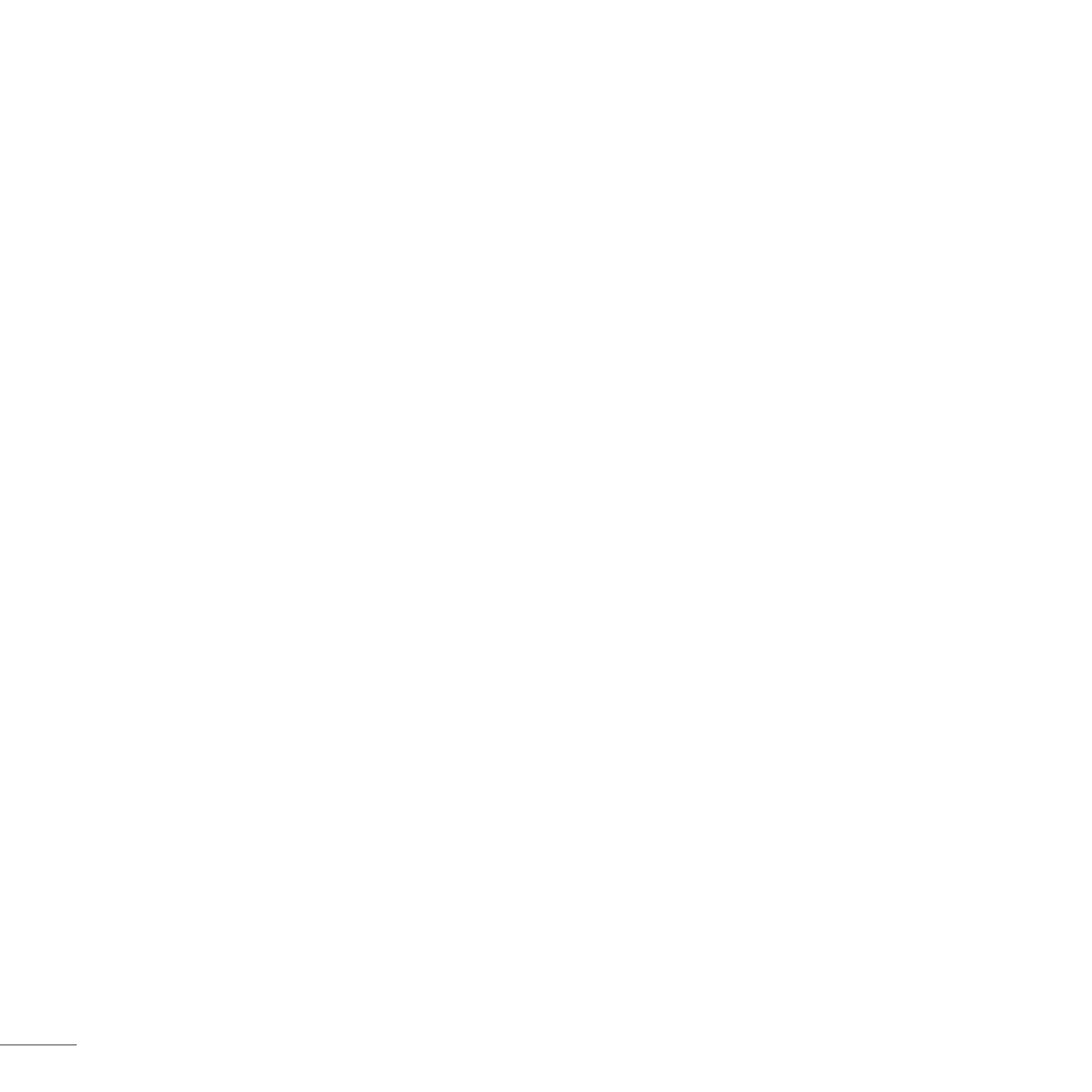
Como no me contestó empujé la puerta y lo encontré doblado sobre el escritorio con un vaso de agua sin terminar al lado. Salí gritando como loca y llegaron los vecinos. Llamaron la policía y se aclaró todo.

¡Qué remordimiento! El profesor ahí muriéndose solo y yo durmiendo sin prestarle ayuda. Nunca había ocurrido algo así en mi casa.

Llevo más de treinta años alquilando cuartos a hombres solos y es la primera vez. Se ve tranquilo como siempre fue. Hasta plácido. No parece haber sufrido mucho.

Y no faltará la amiga que diga que me veo hermoso y que quedé muy bien maquillado. Y, así, cada uno de mis duelos y amigos expresará mañana su dolor sin llanto, su perplejidad sin lágrimas frente a mi cuerpo sordo a toda historia, inmutable a toda conjetura sobre mi muerte, indiferente al ahora, al mañana y al ayer. Pero a ninguno se le ocurrirá pensar que la muerte llegue a ser un acto tan simple y tan sencillo, como lo es para mí, en este momento, después de cargar conmigo durante dos meses esta dosis de cianuro que ahora bebo.

FINALISTAS



Finalista

Alcalde por insistencia

Por Guillermo Aguirre González (Bello)

Guillermo es un historiador egresado de la Universidad Nacional, oriundo de Bello, Antioquia. Se formó en escritura con el periodista Reinaldo Spitaletta y, desde hace 6 años, toma talleres literarios en la Caja de Compensación de Comfenalco.

En las mañanas lo despertaba el balar de las cabras. Sabía que debía levantarse y correr hacia el corral, abrir el portillo y dejar salir los cornudos. La casa, siempre pintada de verde, estaba en medio de un solar amplio que permitía a los animales, criados por Graciela, solazarse en el día. El diario vivir de El Chamo transcurría entre el ordeño, la recolección de estiércol y sus salidas en las tardes con los vecinos de su edad.

Eran cuatro. Caminaban por el parque central de La Pequeña Ciudad y se les veía reír a la puerta del billar del gordo Aristides.

El Chamo y Graciela conversaban después de la comida de las siete de la noche. La voz de El Chamo era delgada y recia. Con doce años, hablaba de dirigir a sus compañeros en las correrías por las calles y se ufanaba tanto de esa pequeña hazaña que Graciela reía, largamente, de la ingenuidad de su hijo.

A los dieciocho años, la actividad política de su hermano mayor

permitió que la alcaldía lo enganchara como guarda de Seguridad y Control, una guardia civil local, ayuda de la policía nacional. En los tiempos del gobierno del alcalde “Virgomaestre”, como él se autodenominó, fue despedido del puesto por liberal, dicharachero y sus ínfulas de mandatario. El Chamo, desde su auto oficial de guarda, mandaba a sus compañeros como si fuese su superior y a los ciudadanos les hablaba y ordenaba como si fuese el mismo alcalde. Todos sabían de la ingenuidad megalómana de El Chamo y, en vez de odiarle o despreciarle, le seguían el juego. El Chamo no tomaba conciencia de la burla y, en realidad, creía que era tomado en serio.

El Virgomaestre llegó a la alcaldía por militante de la Anapo, partido que desplazó por seis años a liberales y conservadores de los puestos públicos y del concejo municipal. Hizo de Seguridad y Control una guardia anapista. El Chamo, despedido de su puesto de mando, viajó a Medellín. Después de violar todos los protocolos, se metió al despacho del gobernador y le dijo: “Doctor Diego, usted se equivocó de hombre al nombrar al Virgomaestre. Yo conozco la ciudad desde chiquito, sé quién es quién y sé cómo controlarlos. Ñervito atraca todos los días de seis a ocho de la noche por detrás de la plaza de mercado. El negro Tá-bano es el violador de la Piedrancha. El doctor Siroco se ha robado dos veces el presupuesto de los restaurantes de las escuelas. Ana Tumbas tiene un putiadero detrás del cementerio, con pelaítas de quince años. José Arepas salta tapias todos los días y se roba de las casas lo que encuentra. La flaca Rosario vende marihuana y le pasa plata a la policía para que la dejen trabajar. A la Varilla le traen cigarrillos Marlboro y

tiene inundada la ciudad de contrabando. Yo, doctor Diego, le limpio el municipio con tres patadas y verá lo que es el orden y la justicia”.

El gobernador, atónito, entre la risa y la sorpresa, hizo lo que todos hacían con El Chamo, seguirle la corriente; pero El Chamo fue más lejos. En una tarjeta de invitación que tenía destinada a la basura escribió: “A petición del ciudadano, El Chamo Ramos, y por insistencia de todos los ciudadanos, debe ser nombrado Alcalde de La Pequeña Ciudad. Dado en Antioquia el 31 de octubre de 1971”. El Chamo, deslumbrado ante su logro, tomó el papel, hizo una reverencia profunda, corrió y saltó fuera de la gobernación.

El Virgomaestre nunca lo recibió. El Chamo, por bares y cantinas, en los mentideros políticos, exhibía su nombramiento como alcalde de La Pequeña Ciudad, y provocaba la risa por doquier. Como respuesta ante la burla, El Chamo puso demandas por incumplimiento del mandato de su tarjeta. Fue a los directorios políticos, a los tribunales. Viajó a Bogotá e hizo conocer su caso al jefe nacional del partido liberal.

En todas aquellas instituciones y lugares que visitó, se hizo hacer un documento de reconocimiento de la legalidad de su tarjeta. El visitado expedía gustoso el documento, para reír. Por ello, El Chamo hoy sigue su diario vivir caminando las oficinas públicas con un portafolio bajo el brazo, repleto de documentos. En ellos, está escrita la burla mordaz de una sociedad que se ríe de sus tontos.

Finalista

Violento y destartalado quedó el paro papero

Por “Joreman” Jorge Enrique Mantilla (Bucaramanga)

Aunque no ha asistido a talleres de escritura, cuenta con un amplio repertorio de poesías, más de 250. En 2012, con su poema “Mujer”, ganó el primer lugar del Concurso Internacional de Poesía en Chilecito –La Rioja– Argentina. Algunas de sus obras han sido publicadas en el periódico Vanguardia Liberal. Este pensionado de Ecopetrol sueña con su propio libro de poemas que pueda regalar y compartir en escuelas y bibliotecas.

Hacia más de dos meses que Jacinto no bajaba a la vereda La Caldera, ni salía de La Nevera, su finca en la altiplanicie de uno de los departamentos más agrícolas del país. Lo tenía “cogido” el famoso dengue, acompañado de gripa y malestares por todo el cuerpo, que mermaban su capacidad en las labores del campo. María, su gran amor, le preparaba varias infusiones de hierbas, aguas con brebajes calientes y lo reemplazaba en sus labores de desyerbar y cuidar las parcelas cultivadas de papa, gallinas, vacas, mulas, yeguas y uno que otro marrano.

Se aproximaba la recogida de la cosecha y había que contratar dos jornaleros, bajar la carga en El Destartalado y vender una parte en la vereda y la otra en el pueblo más cercano, que estaba como a dos horas por una trocha, llena de huecos y precipicios, que por aquí llaman

carretera. De regreso, había que comprar provisiones, mercado de tollo, abonos y unos pesticidas, y pagar las cuotas atrasadas al Banco Agrario que lo tenía ahorcado con unos intereses muy altos. María se enfundó la ruana, echó en la mochila unas arepas y un totumo lleno de guarapo y salió a galope en La Lenta, su yegua rucia, por aquella planicie fría y lluviosa. Ella iba en busca de tales jornaleros, sus vecinos más próximos. Como a hora y media de camino en mula, la ventisca y el frío le carcomían los huesos, hasta que por fin divisó la casucha, con un panorama desolador. Tocó a la puerta varias veces, pero nadie salía, gritó los nombres de sus vecinos, pero nadie se asomaba. Le dio varias vueltas. Los perros la seguían, ladraban; las pocas gallinas revoloteaban. La chimenea de la cocina de leña no desprendía humos, se veía que hacía días no cocinaban allí. Regresó empapada, exhausta y vomitada. Le estaba sentando el lomo de La Lenta. “Se perdió la ida, mijo. Por allí no hay rastro de nadie, los vecinos se marcharon, pero dejaron todo”, le dijo María a Jacinto. “No se preocupe, mija, que esta semana nos le medimos. Parece que ya me estoy recuperando”, respondió y, quitándole la ruana, le ofreció una taza de café bien caliente.

Por la altiplanicie corría un riachuelo de aguas frías y transparentes y, de vez en cuando, pescaban una que otra trucha y, de allí, recogían el agua para los menesteres de la casa. No había energía, a pesar de los ruegos al alcalde del pueblo y a las directivas de la electricadora. Ya se había cansado de tanto pasar memorandos y escritos para que le pusieran a su finca la luz. Siempre le decían lo mismo: que estaba muy retirado, que no había presupuesto para llevar postes

y cableado hasta allá, pero que lo tendrían en cuenta en la próxima interconexión.

Pasaron varios días recogiendo la cosecha de papa de la parcela que estaba próxima a la casa; las otras dos, que eran más grandes, las dejarían hasta encontrar los jornaleros que ayudaran en su recolección. Terminaron bien noche de acomodar los bultos, y El Destartalado quedó hasta “las tetas”. Se acostaron un rato. Madrugaron y salieron, Jacinto en su camión papero por la trocha y María en La Lenta por el desfiladero, por caminos opuestos, pero que los llevarían a la misma vereda, La Caldera. Conducía muy despacio, con esa espesa neblina y, con un solo foco, era poco lo que se veía, pero Jacinto se conocía la trocha como la palma de su mano. Iba haciendo cuentas de lo que debía pagar en el Banco Agrario y a don Manuel, quien le vendía los fertilizantes y los abonos, que se los dejaba bien caros, pero, como eran fiados, ni modo. También pensaba en lo que debía pagar al del granero, a quien también le debía, y en lo que le adeudaba al del taller de mecánica, que le cuadraba, a medias, El Destartalado, su camión consentido. “Y comprarle unos chiros a María. ¡Ay, María!”, suspiraba recordando a su mujer querida.

Conducía serpenteando los precipicios, iba contento, pensaba y se reía y le daba gracias a Dios y a sus padrinos de los que había heredado La Nevera. Los achaques de la vejez y las enfermedades los llevaron a la tumba. Se carcajaba recordando cómo conoció a María, el día que cumplió los quince años. En La Caldera, el papá le hizo una fiestecita y le regaló un hacha de cumpleaños. Ella era fortachona,

alta, robusta, hacendosa y una “berraca” para las labores del campo. Jacinto departía unas cervezas con sus amigos en la tienda contigua.

Se cruzaron miradas, reojos. Los guiños iban y venían, y de novios terminaron aquel precioso día. Al cabo de seis meses y con autorización de sus padres, decidió rejuntarse con Jacinto e irse a vivir a La Nevera.

Las dos horas manejando su camión se le fueron en un santiamén. Los primeros rayos del sol lo despertaron de ese letargo de pensamientos y quedó a bocajarro de La Caldera. Se estacionó, pitó varias veces, los perros le ladraban, las gallinas revoloteaban y los marranos se le cruzaban de un lado para otro. Recorrió el caserío, pero nadie salió, las chimeneas de las cocinas de leña no desprendían la consabida humareda de la cocinanza.

Tocó de casa en casa, unas separadas de otras, pero nadie respondió y ¡oh, sorpresa!, las puertas: unas estaban con candados y otras amarradas con alambre. “¿Para dónde se habrán ido? ¿Qué había pasado? Hacía casi dos meses que no bajaba a la vereda y no estaba enterado de nada. No tenía noticia de lo que estaba sucediendo”, se dijo. Como no tenía luz en su casa, sin televisión, sin radio, sin nada de nada, no estaba al tanto de los acontecimientos violentos que se llevaban a cabo en todo el territorio. Pitó nuevamente, echó la última mirada y arrancó en El Destartalado que estaba que reventaba de los bultos de papa que llevaba. Pensó en su María y se recriminaba por no haberla traído consigo. Iba meditabundo, preocupado. La incertidumbre se apoderó de su mente, su corazón se agitaba, iba nervioso, le pasaban imágenes

raras por su mente, sudaba frío. Estaba ansioso por llegar al pueblo y averiguar qué estaba pasando. Manejaba distraído, su mente volaba, sus pies aceleraban y El Destartalado parecía voltearse. Jacinto no veía huecos ni piedras en su camino, manejaba como alma que lleva el diablo, iba al máximo de velocidad. Se aproximaba al cruce de La Y, donde se congregan las trochas y carreteras de varias veredas, que llevan al pueblo más cercano, donde Jacinto vendería su cargamento de papa.

María también había madrugado, con su ruana y su mochila. Montó a La Lenta, su yegua rucia, y se fue por el atajo, por “el camino de las mulas”. Por allí, buscaba a otros vecinos jornaleros, que vivían a más de una hora de La Nevera, para que le ayudaran en la recolección de la cosecha de papa. Luego, por “El alto de las vacas”, bajaría a la vereda y, allí, se encontraría con Jacinto.

Despuntando los primeros rayos del sol, arribó a las casas de baqueque, como todas las del campo colombiano. Allí encontró sentada en un taburete a Doña Carmela, madre y abuela de varios jornaleros, un poco enferma y canosa. Se saludaron, se apeó de la bestia y de una se le vino el vómito. Se limpió con la ruana, preguntó por sus hijos, que los necesitaba para recoger la cosecha de papa. “No, hija, por aquí no hay nadie. Todos se fueron, no dijeron para dónde iban, ni nada.

» Arrancaron con lo que tenían puesto y se marcharon. Tómese esta lechecita caliente más bien. Allá en la cocina, en el tiesto, hay una arepa. Cómasela, hija, que se ve que está como débil o ¿es que le está sentando el matrimonio?”, dijo Doña Carmela. María medio

probó bocado y, nuevamente, el vómito hizo presencia en María. “¿Qué le pasa, hija?, ¿qué le sucede?”. “No lo sé, Doña Carmela, pero hace varios días, estoy padeciendo mareos, dolores raros y vómitos”, contestó María. “Venga a ver la reviso, arrejúntese la ruana y súbase esos chiros, para verle la panza. La felicito María, está barrigona. Cuídese y deje de montar esa yegua, bájele a las labores de labranza o, si no, va a perder esa criatura”. Se despidieron, montó La Lenta. María iba contenta y feliz, pues llevaban varios años esperando esa gran noticia: iban a ser padres. Bajaba rauda por esos desfiladeros hacia la vereda. No veía la hora de contárselo a Jacinto.

No se veía a nadie en la vereda, solo perros hambrientos con ladridos lastimeros. Se dirigió a donde sus padres, pero nada. Todo estaba con candado; se desesperó, no hallaba qué hacer. Esperó un buen rato bajo la sombra de un almendro.

Jacinto manejaba raudo y distraído en sus pensamientos. Iba de lado a lado, dejando un remolino de polvo con El Destartalado. En plena curva de La Y, trató de frenar, los obstáculos y la humareda de llantas y palos se lo impedían. Pasó por encima y El Destartalado se volteó. Trataba de salir, escuchaba gritos y una fuerte algarabía. A Jacinto le llovían piedras y gases. Como pudo, herido y sangrante, salió del camión que empezó a arder. La humareda no lo dejaba ver y sentía pedradas por todo su cuerpo. No sabía qué estaba pasando, alzaba las manos, no podía gritar. Así estuvo hasta que una pedrada muy grande fue lanzada sobre su rostro, destruyéndoselo por completo. Cayó de bruces a un lado de su consentido que ardía en llamas. Varios campe-

sinos lo arrastraron hacia un lado de la carretera, no había nada que hacer.

Gases lacrimógenos, humaredas, palos y piedras, campesinos corrían de un lado para el otro, fuerza pública en el otro extremo. Una batalla campal, un verdadero pandemonio.

María vio las huellas de las llantas del camión de Jacinto en la vereda y salió tras ellas a todo galope en su yegua, La Lenta, hacia el pueblo más cercano. Olvidó los consejos de doña Carmela, su larga cabellera ondeaba libre al viento, haciéndole juego con su ruana. Parecía un jinete del apocalipsis. Por su mente pasaban cosas alegres de cómo decirle la noticia del embarazo a Jacinto, pero, a la vez, preocupada por sus padres, al ver que todos los habitantes, conocidos y vecinos no estaban en La Caldera.

María había perdido el control de su yegua rucia, no tenía acción sobre el freno e iba alocada y precipitadamente. En plena curva de La Y, pasó por encima de los obstáculos, resbaló y dio varias volteretas.

María voló muy alto y cayó incrustada en las latas retorcidas y, todavía en llamas, de El Destartalado. La gente gritaba. Las piedras y los gases no paraban de sonar. La sacaron y la arrastraron, toda maltrecha y moribunda, y la tiraron al lado del cadáver de Jacinto.

Reconoció a su amor, le quería decir la gran noticia. Lo agarró de la mano, balbuceaba, pero las bocanadas de sangre le impedían pronunciar palabra. Miraba a Jacinto y a aquel bullicio de gente. Con su ruana arrojó a su amor querido y los tres partieron para siempre, sin saber el porqué de la marcha, del paro papero, de las peticiones. Murieron

en su pleno apogeo. Murieron sus esperanzas y sus deudas. En la altiplanicie quedó La Nevera, sola, acompañada de la ventisca y aquel frío que retumba y silba en los rincones. La Nevera quedó aguardando a que los paperos recojan la segunda cosecha. La cocina humeante y el tiesto quedaron esperando para tostar sus arepas y el ure con el guandolo, que calmen el hambre y la sed de sus almas en pena.

Finalista

Oleajes

Por Margarita Patiño (Cali)

Trabajadora social de la Universidad del Valle. Desde joven se ha dedicado a la poesía. Escribía correos electrónicos para sus amigos que “no eran mensajes, sino poemas”; los recogió y se convirtieron en sus primeras obras. En su repertorio tiene más de 100 poemas. Sus temas preferidos son la celebración de la vida y hacer visibles a las personas discapacitadas, como su hermano, Alejandro, para quien fue escrito “Oleajes”.

Alejandro no nació en casa, como habíamos nacido todos, con la ayuda de doña Eudina. Eran otros tiempos.

La estrella del sur dejaba ver sus destellos en una de las esquinas del barrio. Un joven médico, con nombre bíblico y apellidos de abolen-go, mostraba su diploma que traía de Buenos Aires. Ofrecía sus servicios profesionales en la nueva clínica, con todas las de la ley.

Sí, eran otros tiempos... había trabajo en la carpintería y mamá merecía todas las comodidades para el alumbramiento del quinto hijo.

Como Dios manda.

Unos días antes del parto, la feliz gestante sintió un mareo que la hizo caer en la montaña de arena, en la nueva casa que se encontraba en obra negra. El joven médico la examinó y dijo: “Todo está bien, aquí

no pasa nada”.

El 22 de enero de 1964 llegaron los dolores del parto. Papá llevó a la clínica a mi madre, el médico no se encontraba. Cinco horas más tarde, se presentó un poco ebrio y, con asombro, expresó: “Este bebé se vino de nalgas”. Lo que debía ser una cesárea, se convirtió en un parto normal.

Aparentemente, el nuevo tripulante cumplía con todas las de la ley, pero llegaron días difíciles, noches en vela. En medio del regazo y los cuidados maternos, solo podíamos ver, del niño, su abundante cabello y negras pestañas, que alcanzaban sus mejillas. Dos meses después, Alejandro no levantaba la cabeza. A los seis meses, no se sentaba, y un nuevo doctor, con apellidos de poeta, Quevedo Velasco, asumió el control médico del pequeño, que al cumplir el primer año de edad, aún no daba señales de sus primeros pasos.

Los años pasaron en ires y venires de muchos sucesos familiares

Paralelo a ello, Alejandro exploraba caminos “gateando sentado”, marcaba boyas en su recorrido. Una de ellas era el movimiento de la lavadora de rodillos. El ruido del motor le traía el sonido del mar. Él se abrazaba a ella y permanecía, casi todo el ciclo de lavado, escuchando los secretos de esa caracola gigante que le regalaba burbujas cristalinas. Esta caracola había buscado su aposento en el patio posterior de la casa, donde nuestros brazos se encargaban de izar las velas, en este puerto donde transcurrieron nuestros primeros años.

Las grandes tuberías, que inundaron las calles, no dudamos en convertirlas en cuevas de acantilados. Allí emprendimos travesías

misteriosas, en busca de galeones escondidos por corsarios y viejos piratas con grandes barrigas y dientes de oro. Atrapábamos en nuestras redes el eco de nuestras voces como si fueran peces de colores. Mamá copiaba en sus cuadernos consejos de sirenas que ayudarían al avance del pequeño marinero en su travesía. Ponerle un pajarito en la boca para que comenzara a soltar la lengua, frotar con claras de huevo sus piernas con el fin de que tuvieran fuerza, sembrarlo en el morro de arena durante varias horas, de esta forma podría pararse y perdería el miedo a caminar. Asistíamos a estos rituales de sanación en medio de rondas y las notas de “Soy pirata y navego en los mares” y esa bella melodía italiana llamada “Torna a Sorrento” que aprendimos en la escuela.

Contra viento y marea, el oleaje del día a día trajo, al andén de la casa, donde también estaba el taller de mi padre, un barco para que se restaurara todo el enchape de madera. Esto atrajo sucesivamente otros navíos que fuimos abordando en cada temporada. En ellos, Alejandro, convertido ahora en capitán, emitía sonidos de alegría, asombro y continuaba explorando caminos, ayudado por la brisa de nuestras risas y las alas de gaviotas de nuestras manos.

Corrían siete años de vida, del dueño del timón de nuestros barcos de ensueño, cuando un día, el viento trajo a sus oídos el canto de la caracola. Todos quedamos como estatuas coralinas, cuando vimos que dejó de “gatear sentado” para erguir su cuerpo y llegar sonriente al regazo de la gran concha que le regalaba espumas. Madre exclamó: “Más vale tarde que nunca”, mientras se unía al abrazo de la caracola,

con sus ojos enjuagados de agua de mar, dando gracias al cielo por la “Buena Nueva”.

Desde ese día, Alejandro, no has parado de caminar y recorrer tu playa. Reconoces cada espacio, lo vigilas, lo proteges. ¿Qué botella viajera atrapaste en tus manos y te donó el pergamino de Guardián del Planeta y tu afán de reciclar papeles, que arrumas como partituras de tu música, por encargo de Rafael? Cuánta conciencia, cuando exclamas: “Apaguen la luz, cierren las llaves del agua”, y anuncias la llegada del carro recolector de basuras.

“Después de la tormenta llega la calma”. Algunas veces sentimos tu grito de coraje, cuando llega la tormenta; y tus enojos, lágrimas y suspiros, cuando llega la calma. Tu risa regresa con olas refrescantes y cantos de sirena.

“No hay quinto malo”, dice mi madre. Ella sabe bien que este hijo se duerme, esperando una bandada de gaviotas, en noches de estrellas, y que cubre de besos y ternura sus mañanas de cabellos blancos.

Finalista

El último día de Alcué

Por Julia Reina Durán (Medellín)

Docente, al igual que su madre. Trabajó durante años en las universidades de Caldas y Antioquia, donde tuvo la oportunidad de escribir ponencias, ensayos y trabajos académicos. Desde que se jubiló, hace 14 años, se ha dedicado a escribir literatura. Durante tres años hizo parte del taller de escritura “A mano alzada” en el cual se dio cuenta de que la narrativa era lo suyo. Tiene un grupo literario familiar, otro en Santa Marta y asiste a las tertulias de LunaMoré, en Medellín.

—Te llamarás Leoncio —dijo el burgomaestre—, lo escribes y firmas cada 30 días en este folio para entregarte el pago. Toma la cédula y llévala siempre escondida.

—No, mi Doctor, déjeme Alcué, porque si Dios no escucha mi nombre, seré castigado y no podré hacer el trabajo. Mis mayores siempre me llamaron Alcué.

—Cuídate de quienes se esconden en la montaña. No hables ni des explicaciones —dijo el funcionario con mirada de jefe preocupado.

—Gracias doctor, así será.

—Concéntrate en tu trabajo de cuidar el río, sus aguas y, ya sabes, lo demás. Evita accidentes.

Alcué sabía que el burgomaestre y él eran empleados de la munici-

palidad y que nunca se les permitió relación con los demás. Le parecía extraño que los adinerados señores fueran tan orgullosos del color rojo o del azul, y tan cautelosos para dirigir, contratar y pagar los trabajos en los arados, los hatos y la producción agrícola. Era la época de acumular dineros y tener cada vez más tierra para lograrlo. Ciertos temas alusivos a las desdichas de los divididos por los colores, eran tratados con sigilo.

Como cada mes, después de reclamar el pago, Alcué recorrió a pie muchos kilómetros por la cordillera, con el sol a cuestas. Caminó hasta la casa de madera a orillas del río que, en otra época, se llamó Río Piedras. Dioselina, su mujer, servía frijolitos negros acompañados de la dulzura de 40 años a su lado, mientras lo veía guardar con sigilo el sobre con el dinero.

En las mañanas, disfrutó siempre la diaria rutina de subir hasta lo alto de la montaña. Después de vigilar el nacimiento y el caudal del río. Con ojos de lince, seguía su recorrido al acecho de la geografía que, a manera de gráficos, dio vida y frescura a un privilegiado Valle, enraizado en la arboleda. Escuchó el saludo de los pájaros y sintió el calor de la anaranjada estrella mayor, mientras disfrutaba la agudeza de los sentidos y la fuerza para cumplir la misión de cuidar el río, sus curvas y meandros, dejando ir los peces, con el firme propósito de surtir con el líquido vital las casas de madera o tapia, hasta llegar a la ciudad.

Alcué era de estatura gigante, tenía piel morena, cabello negro y lacio que le cubría la frente hasta los ojos y caía abundante en su es-

palda. Sus ojos eran del tamaño de una manzana criolla. Con ellos divisaba el verde del valle, los trazos formados por la agricultura separando el maíz de la caña y los plantíos de sorgo, del arroz y el algodón.

Podía divisar el amarillo y el rojo de los frutos. Tenía dientes como de marfil, con los que devoraba alimentos crudos cada vez que su cuerpo lo requería. Su corpulencia y pies desnudos lo hacían ver como un personaje de leyenda. Su rostro redondo y grande parecía no envejecer, por eso las generaciones cómplices del río creían que Alcué tenía la fórmula de la eternidad.

La ciudad fue objeto de traslados una y otra vez, en búsqueda del río, para regar plantíos y dar vida a los habitantes. Él fue un portento.

Podía escuchar el sonido del río anunciando su ritmo pausado o estrepitoso. Si crecía, crecía su fuerza y, cumpliendo con su trabajo, derribaba un samán en segundos y elaboraba un puente de madera nativa, entre piedra y piedra, para atravesarlo. A diferencia de Alcué, el río cambió de nombre, por decisión otrora de los señores españoles.

En homenaje a su lugar, lo denominaron, para siempre, río Guadalupe.

La tarea de evitar accidentes la interpretó como salvar vidas de los imprudentes, quienes, por razón de trabajo, de ambición, de placer o de curiosidad, llegaban a pie, a caballo o en automóvil. El punto de encuentro se llamó la bocatomá, pero al mismo tiempo él vigiló que las acciones de los visitantes no atentaran contra la pureza del agua o contra la empírica obra que, a manera de talud, lograba precipitarla rumbo al nuevo acueducto.

En mitad del siglo XX, el último domingo de verano del mes de julio a las 3 a.m., Alcué, de pie, acomodó los enseres en su casa de madera, alzó su mirada a la luna hasta que desapareció con el nuevo día. Para él, su mente y cuerpo recibían, de los astros, la energía y le daban poderes que, sumados a su fuerza, guiaron sus trabajos, atento a la llegada de transeúntes. Recordó la advertencia del día del pago y expresó, en voz alta mirando al firmamento:

—No podrán conmigo ni rojos ni azules.

Alcué, ingenuo, creyó que no llegaría hasta su lugar de trabajo la ola de violencia desatada en municipios del Valle, donde ya los ciudadanos dormían su angustia, después de un toque de queda. Él, optimista y presuroso, inició sus labores.

Esa mañana llegó la primera pareja de enamorados, caminaron por un sendero hasta la bocATOMA, eligieron un lugar como el mejor para ocultar el ardor de la pasión y se quedaron relajados. Aumentó el nivel del río y éste los sumergió. Alcué los levantó, salvándolos de morir ahogados. Después los dejó bajo un naranjo, abrazados, con los labios morados y los ojos en lento parpadeo.

Al iniciar la tarde candente, el nivel del agua subió. Alcué escuchó la algarabía de un grupo de bañistas y divisó cómo el río arrasaba a una mujer. Penetró con audacia las profundidades del agua. Salió con ella, quien se aferró a su lacia cabellera. Afuera la mujer trasbocó del miedo y la angustia, hasta revivir. Reconoció a la dama quien cada año, calentó las siete yerbas con agua del río para tomar el baño de la buena suerte.

Alcué cuidó el agua cristalina encausada hasta terminar la construcción del acueducto. La nueva ciudad creció sin las enfermedades del agua. Decían que el sudor de su cuerpo se purificaba con el sol, y, al bañarse en el caudal, el agua cambiaba el color ocre por un color claro.

Esa misma tarde, su oído detectó un ruido de galope, poco frecuente. Tres caballos bravíos montados por hombres, vestidos hasta sus rostros, corrían a toda velocidad. Cada uno arrastraba a un campesino camino al río. Alcué, enardecido, se abalanzó y, con sus uñas filosas, trozó las amarras, dejando libres los tres cuerpos. Hombres uniformados y caballos partieron en desbandada. Alcué los guio con su mente hasta el río, el nivel del agua de nuevo había subido. Los cuerpos se hundieron para siempre.

Como en un éxodo vespertino, Alcué guio a la otra orilla a bañistas, enamorados y campesinos con un gozo de libertad. Luego, les recomendó que era mejor quedarse en sus casas hasta que volviera la tranquilidad.

Con la tenue luz de la caída de la tarde, retornó por el verde sendero que lo llevaba a acariciar la noche rumbo a casa. Al llegar, recordó de nuevo la advertencia, caminó desafiante a conversar de nuevo con la Luna y le contó que el mejor trabajo de su vida había sido evitar que se tiñera de rojo el río. Decidió dormir hasta que la Luna diera paso al Sol, pero la sorpresiva novedad le impidió conciliar el sueño y prefirió dormir a la intemperie, para agudizar, de nuevo, sus sentidos, sin saber que sería el último diálogo con la madre Luna.

Entró antes a la casa.

—Dioselina —dijo Alcué a su mujer—, viaja a la casa de tu hermana. Toma este dinero.

Acto seguido, le contó de la advertencia.

—Yo lo sabía, Alcué —dijo Dioselina—. Todos son malos, los rojos y los azules

—Cállate y no comentes con nadie —dijo él.

Dioselina comprendió la actitud de protección de Alcué y se marchó, en compañía de la claridad irradiada por la Luna.

Esa noche Alcué durmió al acecho, lejos de la casa, escondido entre árboles. Sin embargo, de súbito, sintió un tiro en su cabeza. No pudo tenerse en pie y arrastró su corpulencia hasta quedar tendido bajo un frondoso samán, allí dio una batalla contra la adversidad sin que la conciencia brotara. Llegó de nuevo el sol y notó que no podía incorporarse, sentía cómo el filo del machete penetraba en sus piernas y sus brazos. Poco a poco se quedó sin aliento hasta que su corazón dejó de palpitar.

Hilos de sangre brotaron de los muñones y de las manos atadas y se fueron derecho al río enfurecido, como si comprendiera la desgracia inmerecida.

Dicen los habitantes de la ciudad que aquella vez el río se salió de madre, inundó las riveras y destruyó grandes plantaciones.

Finalista

El sombrero de fieltro de don Aurelio

Por Rodrigo Ernesto Pérez (Medellín)

Rodrigo divide su vida en dos partes. En la primera mitad, se dedicó exclusivamente a las matemáticas: fue docente por más de 12 años. En la segunda, se interesó por la escritura y la filosofía: redactó reseñas para el Boletín Cultural del Banco de la República. También, escribió una novela en México titulada “Redada”, que se publicó en Medellín en 1990.

I

Tenía quince abriles... ¿o eran trece? En todo caso, ¡ya estaba a punto de parecer un viejo!, o casi, ¡y eso fue hace poco menos que una eternidad...! Aquella tarde en que andaba yo, selva adentro, muy concentrado leyendo La Vorágine, en el zarzo del solar, fui aspirado de repente por un fiero remolino que había nacido en el guardarropa de la alcoba de los padres y que se desparramó hasta el último rincón de la casa.

El remolino feroz hizo que cerrara el libro y respirara hondo. En un santiamén, me depositó en el cuarto de mis padres y frente al armario abierto, desde donde me miraba el sombrero de fieltro hendido del abuelo paterno, don Aurelio. La parte de atrás del sombrero arrugado

ostentaba dos rajas largas, estrechas, apretadas por sangre coagulada, aún no del todo seca. Pegados al sombrero, en torno a las rajas, estaban mechones de pelos blancos y grises, con raíces castañas—oscuros, pringados por el rojo de la sangre.

Estrechas y todo, yo sentí, aunque entonces no supiera nombrarlo, que por estas dos meras ranuras se colaban enteros el ruido, la furia, la sangre seca en los códigos y la historia sangrienta de un país en obra negra... interminable.

Desde aquella tarde que parecía haber roto, para mí, el hilo del tiempo, en ciertas noches desapacibles, insomne en el cuarto del altillo que daba a la calle, llegaba un hormiguelo hasta mi almohada y a través de, vaya uno a saber, qué sinuosos senderos... Eran rumores, vestigios tal vez que iban dejando las voraces hormigas tambochas que venían de las colosales selvas de La Vorágine. Oía algo parecido a un grito que rodaba y se desparramaba, gota a gota, por la calle y empecé a oír unas voces, sin saber de dónde venían, por no saber aún que todos somos hijos de un tal Pedro Páramo. Oía las voces del delirante—déspota—lascivo—terratendiente—minero que vuelven aquí y ahora. Sé que dentro de pocas horas vendrá Abundio con sus manos ensangrentadas a pedirme la ayuda que le negué. Y yo no tendré manos para taparme los ojos y no verlo. Tendré que oírlo; hasta que su voz se apague con el día, hasta que se le muera su voz...

II

El abuelo don Aurelio tenía un esmerado prurito por el aseo. Su casa en el pueblo, con piso de fina madera, sus trajes de lino y sus sombreros de fieltro lucían siempre impecables. Cuidaba al dedillo cada corte de tela, los relojes de péndulo y campana en su casa, la muy pesada caja fuerte, cada plato de la vajilla y cada palabra en la mesa; cada peso como si fuera oro y cada morrocota de oro por su peso. Inmigrante, en el pueblo donde vivía, había traído, dicen, el primer sanitario y el primer carro, en partes, cargado en mulas desde la ciudad, cuando aún no estaba lista la carretera. Era dueño de unas minas en las afueras del poblado, en una región sobre la cordillera occidental, antaño muy rica en yacimientos de oro. Don Aurelio era de talla menuda, apuesto, apacible, seco y un reconcentrado—avaro—ensimismado—y—porfiado, marcado con los signos del tipo blanco—rojo—sanguíneo—medio—sátiro, ¿o más bien sátiro y medio? Llevaba unos lentes incrustados en pequeños aros redondos de carey, bigote grueso y cuidado. Era un judío ladino, ni moro ni indio, casi analfabeta y de buen porte hasta la caída final...

Era en abril de invierno, un martes al atardecer, cuando el viejo viudo, sentado a la mesa del comedor de su casa en el pueblo, degustaba una copa de jerez Tío Pepe, mientras revisaba un libro de contabilidad de la mina. Se trataba de arreglar, de liquidar lo del minero porfiado con el que podía enredarse y tener problemas. Al rato, oyó

unos golpes en la puerta. Carmela, la criada, vino de la cocina, tras haber atendido al visitante.

—Es Abundio, el trabajador de la mina.

—Hágalo pasar, Carmela —dijo don Aurelio.

Abundio y don Aurelio se sentaron en la sala. El viejo le pidió tinto a Carmela, su única compañía; Abundio lo quería sin azúcar. Muy pronto, desde la cocina, Carmela oyó las voces alteradas del trabajador, seguidas de las palabras en exceso mesuradas de don Aurelio. El minero, en efecto, había venido para reclamar unas prestaciones a las que tenía derecho al quedar cesante.

—Se está haciendo tarde, don señor, necesito mis prestaciones ya... busco destino en otra parte... aunque me muera, a la mina no voy —dijo Abundio.

—Aquí están las cuentas —replicó don Aurelio.

El viejo había traído, del comedor, el libro y lo mostró a Abundio, abierto, donde figuraban los créditos y débitos de los mineros. ¿Estaba todavía fresca la tinta que usaba el viejo?

—¡Que sí! —insistió Abundio.

—Que no —replicó, apenas audible, Don Aurelio.

—¡Que sí!

—Que no.

—¡Que sí...!

Cuando el clima en la sala se puso demasiado caliente, el viejo Aurelio invitó a Abundio a salir de la casa aunque una llovizna salpicaba la calle.

—No hay nada más qué decir —dijo en tono seco don Aurelio a Abundio, señalando con su mano abierta la puerta de la casa.

A estas alturas don Aurelio ya no era para nada dueño de sí mismo... era solo uno entre innumerables agentes garantes que caminan por Wall Street —¡la Calle del Muro!— con sombreros de fieltro, detrás del déspota—emperador, desnudo y sin sombrero, que encabeza la procesión. Este último va desnudo, aunque vestido, con un traje de enmarañados hilos invisibles, hecho a órdenes suyas por miles de tejedores—embaucadores del reino y visible únicamente a los ojos de los fieles.

Un sofoco viscoso, como el clima de los socavones de la mina, estaba envolviendo al viejo. Era el mismo bochorno que acompañara al minero Abundio cuando, casi a oscuras, reptaba entre los cuatro costados del socavón, viendo derramar aquí y allá un agua acre, sin señas del destello reluciente en los filones. No sospechaba el abuelo, entonces, que su destino lo iba a poner muy pronto en un socavón todavía más estrecho y sin salida. Mientras Abundio, acalorado por un rencor espeso fermentado en una larga servidumbre, se hinchaba de una ira antigua, tan honda y tan filosa como las vetas de oro de la mina, el viejo viudo, de 93 años, cegado por la codicia y con cabellos todavía castaños, oscuros en la raíz, no soltó prenda.

Don Aurelio se puso el saco, recogió el sombrero de fieltro del perchero, se lo acomodó en la cabeza y se adelantó para abrir la puerta.

Justo en el zaguán, Abundio desenvainó su machete y asestó, desde atrás, dos certeros machetazos en la cabeza del viejo, que se desmorono-

nó como un montón de piedras sobre el piso de madera ensangrentado.

Quién lo creería. Aquel sombrero de fieltro, hendido y manchado de sangre, con mechones de pelo en torno a las hendidias, habría de bifurcar mi vida y sería germen o levadura de lo que me haría un hombre —con los dolores del gusano y no los del amo—. Él trajo consigo la Parca que encontrara, en mis trece años, terreno fértil para aposentarse y abonar, con miras a un nuevo nacimiento.

Finalista

La luna fue su cirio

Por Joaquín Eladio Ospina Zapata (Medellín)

A pesar de que nació en el campo, desde los 16 años vive en Medellín. Ha sido agricultor, piscicultor y obrero metalúrgico. Desde joven, se interesó en la lectura y la escritura. Esta última, para él, responde a “la necesidad de sacar el dolor de los desplazados de este país”. Asiste al taller literario Magia del Verso en la Universidad Cooperativa de Medellín y al taller literario del poeta Jairo Jaramillo Escobar en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

En el viejo Turbo, puerto sobre el Atlántico en el golfo de Urabá, a Armando Montero le llegan, con los vientos, ritmos que reviven el sabor de esa raza traída en barcos desde la vieja África. Enervado por esa herencia genética y por el libro de Napoleón Bonaparte que tenía en sus manos, no imaginó que estaba a punto de vivir otro episodio que confirmaría la razón de su utopía.

Un año llevaba ya de haber abandonado el trabajo y de hacerse “Pies Descalzos”, nombre que aglutinó a una camada de soñadores que lo abandonaron todo por la ilusión de un mundo mejor, enfrentando al establecimiento y a quienes ya pregonaban la estupidez de los fusiles.

Cualquier tarde, Armando, sentado en un carro con asientos para nueve pasajeros, esperaba que el conductor del vehículo decidiera sa-

lir para Apartadó. El siguiente pasajero fue una mujer de cuarenta años, que llevaba en sus brazos un paquete enrollado en telas blancas; ella se sentó en la banca siguiente, exactamente donde su espalda permitía al de atrás mirar sobre su hombro izquierdo.

Cerca se escuchaba el bullicio natural de un puerto. Lejos, la advertencia de las olas. Alrededor los vendedores ofrecían agua de coco, frutas o helados. El Descalzo se secó el sudor y al tiempo se dio cuenta de que la mujer giraba la cabeza hacia atrás, lo miraba y miraba lo que llevaba en brazos. Armando continuó en medio de las intrigas de la política, tan comunes en la historia. La mujer, una y otra vez, repetía la acción de mirarlo y mirar el paquete.

Intrigado, el lector se dirigió a ella:

—Señora, perdone la pregunta: ¿qué lleva en sus brazos?, ¿por qué lo tapa y destapa continuamente?

La interrogada guardó silencio y se quedó mirando el paquete.

Armando siguió tras Napoleón que ya lo arrastraba con sus aventuras a otra batalla. Al cabo de un tiempo miró de soslayo a la señora que continuaba con su actitud misteriosa, a veces girando la cabeza hacia él o mirando fijamente lo que llevaba en brazos. Tuvo la sensación de que no era una simple observación, que había algo más en esos ojos, como si quisiera besar el paquete.

Suspendió la lectura y se quedó pensando en el carácter de los besos. El beso por saludo es cicatero y muchas veces hipócrita; al de amistad lo complementa el abrazo sincero; el pasional es desenfrenado, posesivo; y en la madre la ternura se desborda.

La señora giró otra vez la cabeza hacia atrás y se encontró, frente a frente, con el rostro de Armando. Algo decían los ojos de la mujer en secreto.

—Señora, ¿usted lleva un niño en sus brazos?

—Sí, señor.

—¿Por qué lo cubre tanto?

No hubo respuesta.

—¿Está enfermo?

—No —respondió la mujer y se quedó observando al viajero, como si buscara en él una respuesta al misterio de lo absurdo o dudara de si quien la interrogaba tenía alma suficiente para comprenderla. Levantó un poco las telas que cubrían lo que llevaba en brazos y lo miró largo rato. Fue un ritual de silencio, única vez, quizás, en que el silencio acalla el bullicio. El tiempo se quedó aferrado a una incógnita que se dilucidó cuando la madre al mirarlo de nuevo dijo:

—No, señor... ¡mi hijo está muerto!

Armando, en medio de su estupor, miró a los transeúntes que pasaban con la prisa natural de los ciudadanos y con ese ademán de “permiso que ahí voy yo”. Tuvo ganas de gritarles “¡Cómo pueden pasar con esa indiferencia, si aquí esta mujer tiene en sus brazos un hijo muerto!”, pero sintió que no tenía derecho a violar el dolor de esa madre, sometiéndola a la curiosidad pública. Buscó en el firmamento un porqué.

Solo vio los alcatraces siguiendo un barco que se robaba su presa.

En lo alto, otras aves se dejaban llevar por el viento e inclinaban la cabeza aguzando sus ojos en busca de lo que no se entierra.

—Lo traje esta mañana al hospital —murmuró la madre, devolviendo a Armando a la realidad—. A las dos de la tarde nos atendieron. Cuando se lo entregué al médico, el niño lanzó un corto suspiro, el médico se quedó observándolo fríamente y dijo, sin ni siquiera mirarme: ¡Ya es tarde!

Al escuchar esas palabras, Armando no supo si existía, si estaba en tierra, si ese instante lo registró el tiempo, si el tiempo sufre de vacíos que el reloj no cuenta o el reloj también a veces se descuida.

—¿Qué va a hacer señora?, ¿qué hace con él en este carro?

—Voy hasta El Dos, ¿Lo conoce?

—Sí.

—De allí camino dos horas hasta la parcela, mi esposo no sabe nada, estaba trabajando en San Pedro y regresa hoy.

—¿Y por qué no lo entierra aquí en Turbo?

—Al salir del hospital llegaron, como chulos, unos señores ofreciendo entierros. No cometeré el error de dejar a mi familia aguantando necesidades por dejarle la plata a otro. Además, allá lo velaremos esta noche y mañana lo enterraremos en el jardín del frente de la casa.

—Señora la va a coger la noche en el camino.

—¡Qué importa! Qué afán hay cuando la muerte llega. Allá en el jardín —continuó la madre—, sobre su tumba sembraré matas de rosa. Al regar el rosal en la mañana, haré de cuenta que lo acaricio.

Eran las seis y treinta cuando llegaron al sitio donde se quedaba la señora. Ella se bajó sin permitir que le recibieran el paquete. Armando recordó una de las máximas de los descalzos: “servir de corazón al

pueblo”.

—Déjeme le llevo ese morral, señora.

—¿Usted para dónde va?

—La voy a acompañar.

El camino apareció como un túnel abierto al corazón de las tinieblas. Que en este caso eran más sombrías, Armando buscaba, en sus adentros, una palabra que diera aliento al desaliento. “¿Será que se puede hablar de desaliento ante semejante acto de valor?”, pensó Armando. “Sí”, se respondió a sí mismo, “El valor que imponen las circunstancias, no niega el desaliento que en el alma yace”.

La naturaleza tenía dispuesto todo. Los árboles en fila, uno tras otro a lado y lado del camino, inmóviles, reverentes, sin ni siquiera permitir el susurro de sus hojas. Eran como guardia de honor, no se sabe si al difunto o a la proeza de la madre. Armando agradeció a la luna su luz sobre el sendero. La madre, como adivinándole el pensamiento, comentó:

—¿Sí ve?, Dios no se olvida de nosotros. Esa luna es el cirio que nos envió para velar al niño.

“Sería mejor que le hubiese enviado los remedios”, pensó él. Pero se guardó el comentario. “No tenía derecho a nublarle su ilusión. Los pobres tienen que aferrarse a Dios, para no enloquecer”, se dijo. El recorrido continuó sin más palabras. Ella musitaba, de cuando en vez, una oración, y Armando, en silencio, una maldición a los culpables.

—Dios le pague por la compañía —dijo la madre.

Armando comprendió que para esa madre definitivamente Dios

existe. “Es una lástima que solo llegue para el consuelo y no para impedirles dolores tan profundos”, se dijo.

Un año después Armando se encontró con aquella madre.

—¿Cómo va el rosal? —le preguntó.

—El rosal va en mis recuerdos, nos sacaron de la parcela.

Finalista

La montaña

.....

Por Aura Encinales Ardila (Bogotá)

Para Aura, la escritura es un “ejercicio de catarsis, de expresar el asombro, de encontrar en el papel un interlocutor”. Su pasión por la literatura empezó a los 5 años, viendo a su padre leer y compartir historias. A los 16 años, ganó el primer puesto en un concurso literario en el que León de Greiff fue jurado. Tiene una fábrica de confección con su esposo, donde se dedica al diseño y al manejo del personal.

Desde el balcón de su apartamento, Carlos Álvarez mira la montaña que a solo unos metros se yergue como muro impenetrable, mientras trata de recordar a “Jubiabá”, una novela de Jorge Amado que había leído en un tiempo ya remoto. En algún momento había empezado a sentir que, de alguna manera, jirones de ese escenario brasileño se materializaba frente a sus ojos. Hacía solo un par de años, él y algunos de los habitantes, de los edificios que están al otro lado de la avenida, habían visto sin preocuparse un tímido aumento de las luces diseminadas en la base de la montaña, pero al momento solo se asemejaban a los adornos de un pesebre. Todavía era un regalo, para el espíritu, la imponente vista de verdes profundos que enmarcaban los ventanales de los lujosos apartamentos. Pero en casi dos años el paisaje fue otro.

Multitud de casitas de lata, ladrillo y zinc, y encierros de palos y plástico trepaban sin aparente trazado por las laderas. Solo arriba quedaban pequeños lunares de bosque que aún resistían a la devastación. Sacudiendo la impotencia que a todos consumía, Carlos se había dado a la tarea de desenmarañar la historia de ese fenómeno, que ante sus ojos, día a día, cobró forma.

Los últimos rayos del sol colorean pinceladas de amarillo y naranja a las gruesas nubes del horizonte que se extiende a su derecha; mientras, a este lado, el viento helado peina con ráfagas la montaña y el cielo es una masa compacta gris plomo. Una bruma espesa y oscura invade cada rincón, desdibuja el camino serpenteante y las figuras de los hombres y mujeres que suben y bajan presurosos.

Pero no todos están en el afán de regresar o salir. Con paso pausado, un hombre ha ascendido el primer tramo de la cuesta que finaliza en una pequeña explanada. Es alto, delgado y tan negro como la noche que llega. Un sombrero blanco puesto de medio lado oculta parte de su cara. Se ha detenido para mirar la explanada, para recorrerla y examinarla muy despacio, de un lado a otro.

—Padre Jáider, para su cena —le dice una mujer robusta y negra que pasa a su lado con un canasto cubierto por un trapo blanco, mientras le alcanza un paquete de papel con manchas de grasa.

Jáider recibe la bolsa mientras agradece con una sonrisa.

—¡Padre Jáider! —grita un hombre desde la penumbra de una de las casitas—. ¡En un rato lo visito para hacerle una consulta!

Jáider se demora un poco en detenerse. Aún no se acostumbra por

completo a que le digan padre. No hacía más de dos años que aún se dedicaba a recorrer la geografía del país desempeñando toda suerte de oficios. Aserrador en Chocó, minero en Antioquia, lavaplatos en Buenaventura, raspachín en Guaviare. No conoció a su padre y, a los nueve años, su madre, vendedora de empanadas en Buenaventura, lo dejó con su tía mientras iba a Cali a solicitar un subsidio. Jamás volvió a verla. Durante tres años vivió con su tía ayudándola a elaborar empanadas, soportando las golpizas que le propinaba por una cosa u otra. Después de la segunda tunda, se juró que ella no vería más una lágrima suya ni volvería a oírle una palabra. Un buen día, sin mucho pensarlo, echó a andar hacia los negocios cercanos al puerto. Se ofreció a lavar platos en un restaurante para cargueros a cambio de comida y un rincón para dormir.

Ya desde entonces, Jáider tenía un aspecto que obligaba a una segunda mirada. Se expresaba con frases cortas y contundentes, seguidas de largos silencios. Sus ojos color miel, que resaltaban con su piel negra y brillante, miraban de frente, como si quisiera penetrar en lo más profundo de quien tuviera delante, pero de inmediato se percibía un aire de ausencia, como si mirara y no viera. Aunque extraña y enigmática, su apariencia no intimidaba, por el contrario, generaba confianza, cercanía.

Cuando empezaba a sentirse cómodo en un lugar, le asaltaba un desasosiego que solo se calmaba cuando había emprendido un nuevo rumbo. Tal como había ocurrido con el último trabajo, el de recolector de hoja de coca, justo antes de llegar aquí. Había salido para Guaviare

acompañado de un amigo ocasional que ya había estado en ese lugar.

Lo curioso es que allí la desazón empezó casi desde que llegó. Posiblemente por las historias que escuchaba, desde que caía la noche, sobre lo que acontecía en la región. A ellas, se sumaba el eco de disparos, que a cualquier hora llegaba a ellos, y al sobrevuelo de helicópteros a los que había que estar pendientes para correr a los refugios subterráneos que bordeaban la plantación. Todo generaba un estado permanente de sobresalto, un insomnio colectivo.

A los pocos días, algunos muchachos enfermaron de una infección intestinal que los puso al borde de la muerte. Viéndoles delirar de la fiebre, recordó, casi sin querer, los remedios de la mamá. Caminó unas dos horas hasta la fonda más cercana, compró algunas cosas, preguntó a los campesinos por algunas hierbas y, de regreso, se dedicó a prepararles aguas, baños, emplastos y a susurrar los rezos que había escuchado de ella. Un par de días después, ya estaban totalmente restablecidos. El rumor de que Jáider tenía poderes de sanación trascendió el caserío y llegó hasta el pueblo. Poco a poco, empezaron a aparecer personas con una dolencia u otra. Fue entonces cuando, por primera vez, alguien le dijo padre, y ya nadie lo llamó de otra manera.

Pero sintió que era hora de buscar nuevos caminos. Uno de los muchachos que había curado regresaba al lado de su abuela en la capital.

Ella vivía donde había nacido: pegada a una montaña, ahora de cara a enormes edificios y avenidas. Lo invitó a acompañarle y no se hizo rogar. Dos semanas después empezaron a aparecer, en la casucha, personas del Guaviare y Buenaventura, que había conocido en

el cocal. No solo venían con dolores en el cuerpo, sino también en el alma. Los que no tenían familia o conocidos en la ciudad acampaban en improvisados cambuches. Luego ya no quisieron irse. Huían de la muerte y la miseria. Empezaron a acomodarse bajo unas tejas de zinc y unos plásticos, pero de pronto ya estaban cavando zanjas y levantando paredes. Unos trajeron a otros y de alguna forma todos giraban en torno a Jáider. Lo curioso es que él jamás invitó a alguien a quedarse, pero ellos interpretaban que era su consejo, que les brindaría protección y cuidado.

Cuando los medios registraron el hecho ya media montaña estaba ocupada. Pero las autoridades no lo percibieron como verdadero problema, dadas otras prioridades del momento. Entonces, las advertencias iniciales de que serían desalojados cedieron y un nuevo impulso multiplicó el avance.

El rumor de la ciudad sube a la montaña como un zumbido, pero en medio de él. Jáider distingue los acordes de una canción que lo devuelve a una infancia de la que intenta rescatar momentos felices; mientras, al otro lado, Carlos trata de reconocerlo en la historia de Antonio Balduino de la bahía de Todos os Santos y del Pai—de—Santo Jubiabá.

Finalista

¿A dónde fue la abuela?

Por Nhora María Pinzón De Paredes (Bogotá)

Manizalita, pensionada del Ministerio de Transporte. Escribió para La Patria y fue corresponsal de Manizales para los periódicos El Tiempo y El Espectador. Ha trabajado la pintura y ha participado en exposiciones colectivas en Colombia, Canadá y Estados Unidos. Participó en el Laboratorio de Escritura y Memoria que el proyecto creó en la Biblioteca de Colsubsidio de Usaquén en 2013. Desde entonces, ha tomado varios talleres de creación y aproximación literaria.

Con el alma angustiada, transcurre el viaje. Han pasado varios controles, los controladores siempre preguntan:

—¿Qué le pasa a la señora mayor que va en la parte trasera del carro?

Ella permanece recostada en una almohada con el rostro cubierto por una bufanda. La respuesta ha sido la misma:

—Mamá ha estado enferma, pasando la frontera nos espera el médico de la familia.

—Lo lamentamos, continúen —decían apesadumbradas las mujeres de los controles.

Eduardo conduce. Durante el trayecto ha demostrado serenidad.

En los últimos controles antes de que le pregunten, con sangre fría,

dice lo mismo frente al controlador:

—Hermana, revisa que mamá esté bien. Abrígala, hace frío. Cierra bien la ventana.

Lucía sube la manta, acomoda la bufanda y contesta:

—No te preocupes, ella va bien.

Llegando a uno de los últimos controles, se dan cuenta de que están haciendo bajar a los pasajeros del vehículo. Eduardo, con nervios de acero y simpatía fingida, le comenta al controlador el estado delicado de su madre y la urgencia por llegar a la frontera en donde los espera el médico de la familia.

—De todas maneras tenemos que revisar el vehículo, por favor abra el baúl.

La hermana palidece, mientras abraza a su madre. El sobrino se baja del auto y, con pánico reprimido, se dirige hacia la tienducha de la vera del camino, mientras el controlador revisa el baúl.

Mientras hacen la revisión, Eduardo respira profundo y recuerda lo sucedido durante la celebración de Navidad. Luego de la algarabía de los regalos y el empache de los potajes navideños, cada quien se fue a su dormitorio. Era casi el medio día cuando se reunieron nuevamente en el comedor, en ese momento echaron de menos a la abuela. Era extraño no verla, toda la vida había sido madrugadora. Preocupados fueron al cuarto y la encontraron desencajada; con la boca abierta, la mano izquierda sobre el pecho, los ojos fijos en el techo, la cama revolcada y las cobijas en el suelo. Estaba petrificada, fría como témpano.

El caos y la confusión fueron totales, el único que mantuvo la cor-

dura fue Juan, esposo de Lucía que se comunicó con un amigo abogado para preguntarle sobre los trámites mortuorios del país. Luego de analizar los pros y los contras del asunto, el abogado sugirió regresar al país camuflando el cadáver, pues las leyes locales del país vecino hacían muy complicado y costoso el trámite.

Todos estuvieron de acuerdo en llevar el cadáver en el asiento trasero del carro, bien maquillado, y en postura de mujer enferma.

Eduardo le pidió a Mateo, su sobrino, acompañarlos.

Una vez ha revisado el baúl, el controlador da vía libre para seguir.

Mateo vuelve al auto. Las peripecias y el estrés los tenían extenuados, por eso resuelven estacionar en un escampado de la carretera.

Necesitan tomar algo y coger alientos para continuar el viaje. Para no dejar el cadáver a la vista de todos, lo envuelven en el tapete que Eduardo había comprado en la ciudad y lo meten en el baúl del carro.

Luego del descanso, se disponen a reiniciar el viaje. La tarde empieza a caer y faltan varias horas para alcanzar la frontera. En el horizonte asoman nubarrones que presagian una lluvia torrencial.

Eduardo abre el baúl para desenvolver a la abuela y acomodarla nuevamente en el carro, pero ¡oh sorpresa! Se llevaron el tapete con la abuela dentro. Los tres gritan al unísono, no dan crédito a lo que están viendo. Lucía se persigna y comienza a rezar avemarías; tío y sobrino se hacen inculpaciones. El desconcierto es total, no saben a dónde ir, ni qué hacer. El tío sale afanado a buscar a los ladrones por un lado y el sobrino por el otro; entretanto a Lucía se le junta el cielo con la tierra de pensar cómo le van a responder a la familia que los espera en la

frontera. El cielo rompió su negrura y desgranó la lluvia torrencial. El aguacero no cesaba, no había visibilidad y no tenía sentido seguir buscando. Todos volvieron al auto y emprendieron el viaje sin la abuela.

Por mucho tiempo estuvieron atentos a los titulares de los periódicos del país vecino, en los que jamás se publicó nada de la abuela.

De ella solo quedó la bufanda de rayas verdes y moradas que cubrió su rostro en su última travesía, los recuerdos que traen viejas fotos y la historia de su desaparición que jamás ha dejado de ser tema en las reuniones familiares.

Finalista

Bogotá en los tiempos del cólera

Por María Trinidad Pinto (Bogotá)

Es un ama de casa oriunda del Valle de San José, un pueblito de Santander. Desde 1960 se radicó en la capital. Modista durante la mayor parte de su vida, María Trinidad, alentada por su hijo y nietos, decidió comenzar a escribir.

*“Se percibe la frialdad de los huesos de los antiguos muertos.
Parece que en este paraje en ruinas se hubiera detenido
la respiración del mundo”.*

Roberto Arlt

En memoria de mi padre.

Un ancho cielo con matices de plomo se roba la ciudad. Es nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho. Bogotá es una mujer incipiente, en cuya piel se albergan unos seiscientos cincuenta mil habitantes. Algunos pájaros negros se suspenden trabajosamente sobre el techo metálico de los tranvías que transitan rellenos. Los pasajeros, como roedores, se derraman en sus flancos de metal. El viejo vagón se desliza y los últimos hombres se enganchan al pequeño tren; corren veloces y saltan en el río de voces y murmullos. Ascienden. Luchan por

un minúsculo lugar entre los estribos. Otros caen al asfalto, mientras el tranvía sigue su rumbo. Tiendas, cafés, proveedores y restaurantes abundan en las calles. Mercaderes de trastos aparecen por doquier. La Calle Real, hoy llamada Carrera Séptima, es obnubilada por el paso del tranvía.

La gente lleva prendas como sobretodos, gabardinas, bufandas, ruanas y trajes de color negro. El sombrero es prenda inexcusable de la que entonces es la quinta ciudad más grande de Sudamérica.

Una corriente de peatones inunda los corredores de las calles. Uno de esos peatones suele pasear por el centro de la ciudad y atravesar el canal del tranvía.

Uno de esos peatones es mi padre, Antonio. Ahí está. Hoy lleva una mano en el bolsillo. Con la otra mano, toma la mano de mi hermano mayor, Gerardo, un niño de seis años.

Seis: el número del diablo.

Allí va papá, una ola invisible en la ciudad. Respira. Contempla el paisaje. Se abstrae con el bisbiseo de los coloquios en las esquinas y los cafés. De pronto se detiene y lee un pasquín con un discurso breve y una foto de Jorge Eliecer Gaitán, el hombre, el gran hombre.

Las bujías apagadas de los mástiles de hierro coronan las calles.

Las construcciones son de tipo republicano. Los muros son gruesos y potentes. Figuras de arte en los ribetes de ladrillo pulido bordean las estructuras.

Bogotá es gris, brumosa y oscura. Está llena de polvo.

Una ciudad gris. Gris y negra.

¿Gris o negra? ¿Negra o amarilla?

Arriba, el vasto cielo brilla con su vestido azul, sobre el cual, como una moneda roja, se recorta el sol. Papá se acerca al Parque Santander, con un niño de la mano. En un café, papá ve el paso de un hombre de barba blanca leyendo un libro cuyo título lanza veloz algunas letras sobre sus pupilas: “Las flores del mal”. Papá y mi hermano suben al tranvía. Alcanzan el Parque Santander. Un lustrabotas ofrece sus servicios y papá se sienta, desdobra un periódico y avizora las páginas amarillas, mientras mi hermano —sentado a su lado— se abstrae con las palomas. Palomas negras que semejan cometas triangulares.

Papá abre su reloj de leontina y se percata de la hora. Son las doce y cincuenta del medio día. Ahora echa un vistazo mientras lustran sus zapatos. Bogotá está en quietud total. Es la calma. El viento frío revuelve hojas y abrigos, desarregla sombreros de transeúntes y sopla; sopla, el viento, zarandeando las banderas que salen serenas de las ventanas; el viento lleva por todas partes el grito de loteros y mercados.

En un parpadeo, papá mira sus zapatos brillantes e intenta pagar al lustrabotas. Pero... algo pasa. Algo está pasando. Papá escucha un grito, un chillido, un bramido. Algo así como un aullido. Acaso un ladrido que traspasa las fronteras de la ciudad y llena todos los rumbos del país: ¡Mataron a Gaitán!

Papá toma de la mano a mi hermano de seis años y emprende a correr, por la ciudad gris. Gris y negra. Negra y azul. Azul y roja.

¡Mataron a Gaitán! Es como si la ciudad fuera un cadáver. Es como

si el mundo se partiera en dos. Es como un espanto.

Papá se siente perdido. Lleva un niño de la mano. Enrevesado, corre en fuga, con dirección al tranvía. Es urgente partir, huir, desaparecer. El grito se repite un millón de veces: ¡Mataron a Gaitán!

Papá, corre. El incendio saca nubes negras y grises del asfalto. Corre, papá. Corre veloz. No sueltes al niño de la mano. Corre.

Los fantasmas se aproximan, como zombis. La tropa avanza furiosa. La turbamulta, esa turbamulta, desgarrar todo cuanto a su paso se atraviesa. Las venas de la ciudad se vuelcan como terremotos: salen rompiendo la piel del mundo. Ahora los cristales. Ahora más fuego.

Ahora la máquina de escribir que rompe el asfalto, como si las letras de la historia fueran puñales.

Corre, papá. Huye. Tapa los ojos de mi hermano. Corre. Por favor.

Los gritos fragmentan las puertas. La tierra convulsiona. La sangre enarbola su grito milenario sobre los cuerpos, sobre las sombras, sobre el incendio. Las masas saquean los estantes del tiempo. Los libros de historia arden en llamas. Las iglesias se derrumban. Las mariposas son atrapadas por los disparos y las flechas dan en el blanco de las nubes: las nubes que caen como guerreros heridos.

La sabana en llamas. Ahora los pájaros, los pájaros negros.

La horda se disgrega esquizofrénica. Los muertos naufragan, y las ruinas y los machetes. La masa remueve su furia en el pandemónium del humo. Llueven piedras y artefactos, como huesos, como bombas.

Papá llega a la plaza de Bolívar y encuentra, entre fuego y escombros, el tranvía que anhela abordar. Acaso el último tranvía.

Los trenes ya no van al paraíso.

Corre, papá, corre. Un río de sangre se abre paso entre polvo, baladros, despojos y restos. Corre. Tapa los ojos del niño. No lo sueltes de la mano. Ya viene un río. Un río de sangre roja y azul, un río.

Historias en Yo Mayor no solo es un concurso de cuento y narración oral, es un motor de memoria colectiva que ofrece a todas las personas mayores de 60 años, del país, la posibilidad de recordar. Pero ese no es su objetivo principal, detrás de los cerca de 1.200 participantes que escribieron sus cuentos o narraron sus relatos, se esconde un gran tesoro.

Se trata de entregarnos como sociedad, a niños, jóvenes, adultos y generaciones venideras, el regalo de ejercer, en medio de un mundo lleno de datos y fechas, nuestro derecho inalienable a no olvidar, a imaginar, a ser narradores de nuestra historia, a no dejar escapar esos relatos que constituyen un patrimonio cultural invaluable para Colombia.

Lo invitamos a que se aventure a leer y a escuchar las historias que se recopilan en este libro y en el Especial Multimedia alojado en nuestra página web www.historiasenyomayor.com y que puede consultar escaneando el siguiente código QR.



En alianza con:

